

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

Año VII

Valladolid: Octubre de 1909

Núm. 82

EXCURSION A SEGOVIA Y LA GRANJA

25 y 26 de Agosto de 1909.

CRÓNICA

CARTAS A MI PRIMA

Valladolid 30 Agosto 1909.

Mi querida prima Elisa: Recibo hoy tu carta en la cual enterada por mi anterior de que hemos hecho la excursión en proyecto, deseas te escriba algo sobre ella para tener algunas noticias antes de que se publique en el BOLETÍN, pero solamente lo que tenga relación con La Granja, pues aún recuerdas el entusiasmo que despertó en Elvira cuando hicimos las dos excursiones en los años 1889 y 90.

Comprendo bien tu extrañeza al saber que me han nombrado *cronista*. ¡Qué quieres! Así han venido las cosas, pues unos por tales razones y otros por cuales, todos echaron el cuerpo fuera: resultando que yo, como más débil y bondadoso hube de cargar con el mochuelo. Gracias á que varios amables excursionistas—jóvenes naturalmente—se ofrecieron á auxiliarme en los enojosos menesteres de ir tomando notas de la ceca á la meca, y con estos *reporters ó reporteros*—¿cómo se dice?—ya podré confeccionar la Crónica cuando el caso llegue, pues me han dado de plazo hasta fin de año si no recuerdo mal. Algunos compañeros escribirán además artícu-

los especiales, por lo que no será necesario tampoco extenderme mucho por mi cuenta.

Mejor prefiero escribirte á ti á vuela pluma sin parar mientes en que haya de verlo en letras de imprenta, pues aunque cometa algunas faltas de ortografía—¿quién está libre de ellas?—y deje sin el acento que les corresponde á los Pérez, López y Martínez, ni por eso habré de ocasionarte enfados ni por consiguiente me dirigirás censuras. ¿Y las erratas? Paso por alto aquellas que achacamos á los cajistas, siendo nosotros los únicos responsables, y me refiero tan sólo á las verdaderas, á las inicuas *erratas de imprenta*, hechas con alevosía y ensañamiento, de las cuales no es posible decir en muchas ocasiones que las salvará el discreto lector. A este propósito recuerdo un sucedido que no es *historia* como dicen algunos lugareños, sino exacto y verdadero. Fué el caso que cierto amigo mío publicó un artículo sobre el constante trasiego de llevar y mudar de unas salas á otras los cuadros del Museo del Prado, fijándose especialmente en la *Sala de navíos*. ¡Dios mío!—dije yo—¿qué sala de navíos será esa? Cuando á los pocos días recibí el mismo periódico

donde se había insertado el artículo, remitido particularmente por el autor, y al margen había una enmienda manuscrita tachando los «navíos» y poniendo en su lugar «varios». Entonces me lo expliqué todo. Mi amigo escribió *Sala de varios*, cosa perfectamente comprensible, y el travieso cajista, para dar un chasco á los lectores, la transformó en *Sala de navíos*. Y cuenta que no era un periódico provinciano, sino de los de la villa y corte donde resides, y de los que modestamente se llaman á sí propios «de gran circulación».

Ya te veo fruncir un poco el entrecejo diciendo que esto son digresiones inoportunas ajenas al asunto principal. Ten calma, primita, porque más digresiones y más interrupciones y más impedimentos hemos tenido para organizar el viaje, y al fin le realizamos; pero ya que estás impaciente por tener noticias de La Granja, vámonos á La Granja.

Es decir, allí fuimos los excursionistas el día 26 después de almorzar en el Hotel del Comercio de Segovia, situado en la antigua calle de Reoyo, elevada ahora á superior categoría con el nombre de Isabel la Católica; y después de la pequeña escala necesaria para tomar café—imprescindible en excursiones—á la sombra de un fresco patinejo del Café de la Unión. Como yo sabía por experiencia los dares y tomares que suelen ocurrir en los carruajes de Segovia á La Granja, sobre todo en el *viceversa*, pues cuando estuvimos aquí de temporada ví los grandes apuros que muchos pasaban para no quedarse sin coche de regreso, encargué á los organizadores de la excursión tuvieran mucho ojo y no sucediese lo propio con nosotros. Diéronme toda clase de seguridades por ser el carruajero hombre muy puntual y temeroso de Dios, con cuyas garantías subí el primero al mejor coche de los dos que preparados estaban—pues siempre es conveniente adelantarse para tomar buen sitio—y luego todos los demás se fueron colocando, unos dentro, otros en el pescante, arriba los excedentes de cupo, y mirando á las muchachas que á los balcones se asomaban al oír el bullicio y la algazara, salimos de Segovia á las 13'20, pasamos por el Azoguejo á las 13'30, llegando á la Puerta de Hierro de La Granja á las 14 y 35 minutos. (Ya sabes que en lo tocante á comunicaciones hay que gobernarse por el reloj de Dato).

Penetramos en los jardines por un ingreso poco monumental, dejando para mejor ocasión así la Colegiata como el Real Palacio. Vemos á nuestra derecha el hermoso parterre á cuyo final está la fuente de la Fama, dándonos ya la nota severa del paisaje clásico, y como en el plan excursionista entraba hacer un exámen previo de fuentes, paseos y jardines, antes del momento solemne de la fiesta de las aguas, echándomela de conocedor de aquellos lugares, dije:—Señores, lo primero que debemos hacer es ir al Mar.—Alguno hubo que refunfuñaba

entre dientes por temor á un baño después de la comida, pero no hicimos caso de ese reparo, y pasando por *el corro de su Alteza* nos internamos ascendiendo por ligera y agradable pendiente, haciendo alto en un pintoresco kiosco desde donde ya se veía correr el agua escalonada, preludio modestísimo de las grandes cascadas que luego habíamos de ver. Unos pasos más y ya estamos de repente cara al Mar. Figúrate el estanque grande del Retiro, más grande todavía, y ahí tienes lo que pomposamente llaman aquí *el Mar*. Nos paseábamos por la meseta que le bordea en uno de sus lados, calculando sus posibles dimensiones, cuando un guarda que á nuestro lado estaba, dijo:—tiene 320 metros de largo.—¡Ola! replicamos; conoce usted bien ésto por lo visto—Sí señor, aquí nací, aquí nació mi padre y... á mi visabuelo le quería mucho Fernando VII. Por si ustedes no lo saben les diré que este mar está á 1.249 metros sobre el nivel del otro, el verdadero mar—añadió sonriendo—y que lo último del pararrayos de la colegiata se halla precisamente á la altura de nuestros pies.—¿Podrá decirnos también si tiene mucha profundidad este estanque?—Según; la más honda de las dos cuencas no bajará de 12 metros, pero ahora le ven con poca agua por estar ya dispuesta para salir luego por los surtidores de las fuentes, aunque hay más depósitos y estanques, pues éste no daría abasto á todas ellas.

De estas cosas de La Granja, hablará en el BOLETÍN quien las conoce más á fondo, pero á tí te lo digo en confianza, aprovechando la nota que tomé en un papelito uno de los excursionistas auxiliares.

En ésto divisamos á un amigo residente en Valladolid, aunque muy conocedor de La Granja por haber aquí nacido. Expliconos el mejor itinerario para luego ver correr las fuentes y se ofreció de complaciente guía para que aprovechásemos bien el tiempo. Llámase esta bella persona D. Nicasio Rodríguez, y desde entonces donde él iba nosotros íbamos detrás, no le perdimos de vista, de tal modo que en cuanto nos descarriábamos un poco, en seguida preguntábamos á voz en grito ¿dónde está Rodríguez?

Forma parte del Mar una encantadora gruta; pero que no nos vengán á nosotros con estalactitas ni estalagmitas cuando tenemos las del Campo Grande, admiración de propios y de estraños. Entramos luego en el Establecimiento de Piscicultura, donde nos pusieron de manifiesto los aparatos, recipientes y huevos embrionados necesarios para el mecanismo de un criadero de truchas.—Pero ¿dime tú? para contemplar ésto es necesario hacer un viaje? No se crían en todas partes *truchas* más ó menos asalmonadas?—De allí pasamos al Embarcadero, ó mejor dicho *Casa de la Góndola*, así llamada por guardar en ella una lujosa embarcación destinada á las personas reales, aunque dicese que es

más bien un objeto decorativo sin que haya salido todavía de aquel sitio para botarse al agua. Quisimos saber la longitud que tenía y cada uno anduvo midiéndola con sus propios pies de modo que al convertirlos en metros unos sacaban 15, otros 16 y otros 17. Acepta un promedio si te parece y convendrás en que es una góndola de marca mayor. Está muy bonitamente adornada, sobre todo en el templete central sostenido por cariátides, cosa que a todos causó admiración, si bien conveníamos en que otras muchas por ese estilo cruzaban las aguas de nuestro Pisuerga para ir á la Huerta del Rey en aquellos memorables y cortos años en que Felipe III hizo de Valladolid casi un oasis á despecho de poetas madrileños tan maldicientes como descontentadizos.

Desandamos luego el camino yendo ahora cuesta abajo aunque por sitio distinto, hasta llegar á una plazoleta donde en medio luce el *Pino bajo*—que no es bajo sino que está abajo—rodeado de campestre escalera para ascender á la meseta colocada en la cima, al cual llaman aquí el *Gurugú*. Saludamos el nombre con tanta emoción como respecto y dejando á los más atrevidos que hicieran la ascensión, continuamos nuestro paseo sin pretender llegar al *Pino alto* porque no estábamos de humor para emplear toda la tarde subiendo cuestras y vericuetos. ¡Qué haya un pino más que importa al mundo!

Lo esencial era examinar holgadamente y sin apreturas las fuentes *en seco*. Ni pretendo describirlas ni tratar de los paseos y jardines de este Real Sitio, porque ya te dije antes que otra pluma de mayor autoridad se ocupará en general ó en particular, como mejor le plazca, del mismo asunto. Conténtate si quieres, con tener alguna idea—como ensayo de futura crónica—de nuestras idas y venidas, nuestras vueltas y revueltas, en fin de los incidentes y episodios genuinamente excursionistas.

Lanzámonos, pues, á la ventura sin orden preconcebido y dimos en seguida con la *Carrera de caballos* donde majestuosamente preside el dios Neptuno, dueño y señor del reino de las aguas. Buen principio—dijimos—pues vamos á recorrer todos sus dominios. Y vimos los *Dragones*, el *Canastillo*, la *Cascada nueva*, otras varias pequeñas ó grandes, hasta llegar á una de las más célebres, la que llaman fuente de *las Ranas*. Dicen que es obra de Renato Fermín y á todos nos gustó su composición, porque en el centro y á gran altura se halla la infeliz Letona con sus hijos, y abajo, en los diversos cuerpos del pedestal y aun en medio de la taza, sus enemigos convertidos en ranas que unas se hacen las atrevidas y otras las asustadizas; pero todas dispuestas á la primera señal del fontanero á dispararse en chorros de blanca espuma que surgen y se entrelazan unos contra otros, convirtiendo aquel recinto mitológico en campal batalla acuática. Y dígame que

aparte de ésto, que luego lo veremos, me encantaba ver destacarse la fuente sobre el verde follaje matizado de diversos tonos; y arriba, limpio y despejado el purísimo azul celeste.

De las *Ocho Calles* admiramos el aspecto de la gran plaza, sus estatuas y grandes estanques mármoreos, y sin detenernos á jugar á las cuatro esquinas como algunos propusieron, nos fuimos á los *Baños de Diana* cuyo trazado difiere esencialmente de los demás. Está adosada á un plano, tiene grandes dimensiones y muy buen efecto de conjunto. Si he de decir verdad, lo que menos me gusta es lo que da título á la fuente, pues así Diana como las ninfas que la asisten para su tocado, me hacen un poco mezquinitas; pero en cambio la ornacina donde Acteón se halla tocando la flauta sin cansarse nunca, es de buen efecto; las pequeñas tazas que bajan por los lados, las curvas laterales que forman su grandiosa silueta, el gran jarrón que sirve de remate central con sus guirnaldas entrelazadas á unos leones para terminar en los extremos con otros jarrones más bajos, el verdor intenso de los árboles que con su gran altura no llegan á la cúspide del eje central; todo contribuye á que la vista se extasie, sintiendo que los torrentes de brumosa agua oculten después sus bellezas naturales.

Habíamos pasado antes, sin que casi la mirasen mis compañeros, por la fuente de *la Reina*, aunque para mí tenía especiales recuerdos. No es monumental pero tiene un carácter que pudiéramos decir íntimo y muy agradable por la situación en que está colocada, pues la rodean bancos donde se sientan á descansar los veraneantes, y con un agua tan fría y tan saludable, que antaño hacía las delicias de una personita á quien tú conoces muy bien.

Si en muchas de las fuentes el círculo de su estanque está lleno por dentro de figuras ó accesorios, alguna hay como la de *la Taza* que le tiene completamente desembarazado contribuyendo ésto á fijarse más tranquilamente en la composición y esculturas del motivo principal. En fin, á todas pasamos revista, pudiendo casi aprender un curso de Mitología entre aquellos dioses, ninfas, sátiros y amorcillos que nos encontrábamos á cada paso, siendo digno remate de nuestro paseo la que luego también cerrará la fiesta de las aguas, la tan conocida y celebrada fuente de *la Fama*.

Pero ya un lejano runrún nos anunciaba la afluencia del público cerca del Real palacio, donde se apiñaba para ver salir á las Infantas. Allí fuimos nosotros teniendo el gusto de saludar al señor Gobernador de Segovia, á quien por la mañana habíamos visitado en su despacho oficial, y tras breves palabras nos dedicamos á dar un paseo entre aquellas arboledas. ¡Si vieras que mujerío! Había chicas muy guapas, señoras muy gordas, lo más selecto de las damas cortesanas, y con unos trajecitos de

última moda de tales curvas y ondulaciones altas, y tales escurridices por abajo, y tales sombrerones de capacho invertido, que dabo gusto verlas. Tú recordarás haber leído que cuando en París se presentaron las primeras damiselas luciendo el desnudo en el vestido, parece que llegaron á silvarlas, y ahora... ahora lucen estas modas hasta en Belchite.

Algunos compañeros quedaron un poco rezagados admirando el majestuoso porte de una belleza escultural, pero no blanca y monocroma como las diosas del Olimpo petrificadas en los jardines, sino llena de vida, con negros ojos y de negro vestida, con elegancia de buen gusto sin exageraciones llamativas. Del arrobamiento en que estaban sacóles la voz de Rodríguez que ordenaba fuéramos ya tomando posiciones estratégicas, pues pronto comenzarían á correr las fuentes.

Así lo hicimos estacionándonos en la de *los Vientos*, primera de las que habían de lucir sus juegos de aguas. El oleaje humano indicaba la proximidad de las personas reales, y poco después aparecieron éstas, abriendo camino la apiñada concurrencia. Iba la Infanta Isabel saludando á derecha é izquierda con su habitual sonrisa al numeroso público que la prodigaba sus respetos y manifiesta simpatía; vestía elegante traje levita blanco con aplicaciones de color crudo, luciendo en la cabeza un bonito sombrero verde musgo; al lado caminaba la Infanta María Luisa de Orleans que celebraba ese día su fiesta onomástica; realizaba su airosa figura un traje blanco de distinguido corte con adornos de heliotropo y sombrero de color morado, llevando de la mano á su pequeña hija, así como su marido el Infante don Carlos tenía junto á sí al niño, vestido á la marinera. Completaba este grupo el Gobernador de la provincia, el Intendente del Real Patrimonio y el Fontanero mayor. Ya comprenderás, Elisa, que algunos detalles que acabo de darte no saldrán en nuestro BOLETIN, pues me tomarían por revistero de salones; pero á tí, y en confianza, bien puedo decirlos.

Dieron la anhelada señal y comenzaron los surtidores á dejar correr impetuosamente el agua que tenían comprimida, elevándose en distintas direcciones, chocando y rebotando entre sí, produciendo blanca espuma que se convertía poco á poco en gran masa vaporosa, ligera unas veces dejando transparentarse los objetos, y ocultándoles completamente á ratos como densa bruma. La intensiva emoción que produce, no te la puedo explicar fácilmente, pero me hacía recordar aquella oda de Iglesias, cuando ante un cuadro semejante exclamaba:

*Véanse tantos raudales
Por tanto caño, en proporción distinto,
Que de agua y de cristales
En bien corto recinto
Se admira un transparente laberinto.*

Y de aquel laberinto acuático producido por tan huracanados *Vientos*, nos fuimos á la *Cascada nueva* donde con suavidad al principio y luego de un modo vertiginoso caían los torrentes de agua; pasamos luego á buen paso á la *Selva* y en seguida á la *Carrera de Caballos* cuyo grandioso espectáculo causó general admiración; pero desde ésta al *Canastillo* dígame que fué una verdadera carrera de excursionistas, porque la distancia es larga, el camino con alguna cuestecilla y era preciso llegar á tiempo; pero no nos faltó sino que sobró, pues buen rato estuvimos esperando hasta que aparecieron las reales personas. La causa fué que omitimos *los Dragones* incluida en el itinerario oficial y al llegar á la en que ahora estábamos, venía ya la infanta María Luisa en su coche acompañada de los niños, á causa del estado algo avanzado en que se encuentra.

En la fuente del *Canastillo* hay dos emociones, una por la gran masa de agua que saliendo primero en desatados chorros concluye por ser pulverizada, pero luego... luego va extendiendo su radio de acción de tal manera, que avanza, avanza y llega hasta el público á quien da un baño imprevisto, celebrado con alegres carcajadas ó con chillidos de las asustadizas gentes. El espectáculo es hermoso y regocijado, repitiéndose en la fuente de las *Ranas*, las dos que obtienen mayores sufragios de aprobación entusiasta, hasta el punto de repetirse el número con general aplauso. Al retirarnos de aquella plazuela vimos cómo la naturaleza se compenetraba con el arte, pues el sol aparecía entre el follaje de los árboles con dilatadísimos rayos que atravesaban por detrás de las hojas y las ramas, pareciendo un juego vistoso de fuegos artificiales, contrastando á la vez con las líneas de agua que las fuentes habían despedido en múltiples y variadas direcciones.

Antes de las *Ranas* corrieron las ocho que dan nombre á la hermosa plazuela de las *Ocho Calles* y después de aquella tocó el turno á los *Baños de Diana*, ambas de distinto plan en cuanto á la distribución del líquido elemento, como lo es también distinto en la fuente de la *Fama* con su sorprendente caño que hace elevar el agua á no sé cuantos metros de altura, digno remate del grandioso y variado espectáculo de aquella tarde.

Comenzó el desfile. Los automóviles madrileños corrían de un lado á otro con rapidez vertiginosa, los modestos viajeros tomaban por asalto los ómnibus y toda clase de vehículos para regresar á Segovia. Nosotros estábamos tranquilos, los coches nos esperarían á la hora determinada, no había por qué correr.—¿Vamos á refrescar?—dijo uno.—Sí, vamos, respondieron todos. Yo también acepté con mil amores; pero tenía un cierto temorcillo por aquello de que pudiera faltarnos luego el carruaje.—¡Qué ha de faltar!—me replicaban, el cochero es persona muy formal.

Y nos fuimos al café. El sitio era delicioso, un emparrado nos cobijaba proporcionándonos grato ambiente de frescura. La concurrencia era tan excesiva que el pequeño camarero andaba atortolado, y pasaba tiempo, mucho tiempo, sin que para algunos llegara la vez de sus cervezas ó sus helados. Ya la noche se había echado encima y era la hora señalada para regresar á Segovia, por lo que nos fuimos al lugar convenido donde los vehículos estaban citados. Pronto divisamos uno de ellos, el más grande, pero ¿y el otro? El encargado de los coches se acercó humildemente, respetuosamente, pidiéndonos mil perdones y contándonos una historia conmovedora. Al salir otro de sus coches de Segovia le pasó no sé que avería, los viajeros quedaron en el camino medio abandonados, y tuvo que mandar uno de nuestros carruajes para recogerlos, pero pronto volvería, era sólo cosa de media hora, una hora á lo más. Aquí de nuestras quejas, de nuestras voces tremebundas; se había faltado al contrato y los directores de la hacienda excursionista se veían incursos de gran responsabilidad ante los consocios. Algunos corrimos peligro de pernoctar en la Granja. ¿Nos diezmarían? Yo por si acaso metime rápidamente en el coche libre, diciendo para mis adentros: ¡Si no podía ser menos, si siempre sucede lo mismo, si estaba escrito!

Pero has de saber prima, que en nuestra Sociedad no hay conflictos. Cuando no puede deshacerse el nudo le cortamos. Se obligó al carruajero para que por su cuenta y riesgo diera sitio en cualquier coche de sus colegas, los demás alquiladores, al total de excursionistas. Aceptóse la obligación y ya todos partimos; antes de una hora estábamos en Segovia. Pusímonos á la mesa relatando los incidentes del día con aquella sana alegría que siempre nos acompaña y acabada la cena marchamos al casino. Mientras los carambolistas se dedicaban á su deporte favorito, los demás tomábamos alguna cosa porque es muy esencial estar siempre tomando algo. Cerca de la media noche era cuando regresábamos al hotel.

Aquí tienes reseñada muy concisamente la excursión á la Granja; pero aun así y todo veo que la carta ha resultado larga con exceso, no obstante que dejo muy interesantísimos detalles para cuando escriba la crónica. Entonces verás también lo relativo á Segovia aunque esto carece de valor especial para tí, pues no me has pedido noticias de esa parte del viaje que resultó igualmente muy amena é instructiva.

Te abraza tu primo que te quiere,

Pepe.

10 Septiembre 1909.—Vall.^a

Mucho me complace, querida Elisa, saber que has pasado un buen rato leyendo mi carta. No espero igual satisfacción cuando escriba para el BOLETIN porque ¡si vieras qué descontentadizos son mis compañeros! Cada uno quiere que no se omita nada de lo que vió y observó, las frases que dijo y sus doctos juicios profesionales, pidiendo también que se pongan muchos fotograbados y muchas fototipias y hasta un grupito con todos los excursionistas; pero luego viene el Director del BOLETIN con el cruel Tesorero á poner tasa al número de pliegos y de grabados con el frívolo pretexto de que no hay dinero para tanto, debiendo reservar esos gastos para trabajos serios; cuando de lo serio muy pocos se ocupan, y las *croniquillas* las leen al menos los socios que han formado la excursión... y aun sus familias.

Pero dejando la paja, vamos al grano; aunque apenas es grano de anís lo que me pides al desear que te diga también algo sobre Segovia pero limitándome á tres puntos solamente: el Acueducto, la Catedral y el Alcázar. Dicho así, en seco, parece que estoy comprometido á escribirte tres eruditas monografías; pero tú siempre tan discreta, añades este inciso «aunque seas muy breve y con pocas palabras». Bueno, pues de ese modo no hay inconveniente y procuraré no parecer *lato* á mi primita.

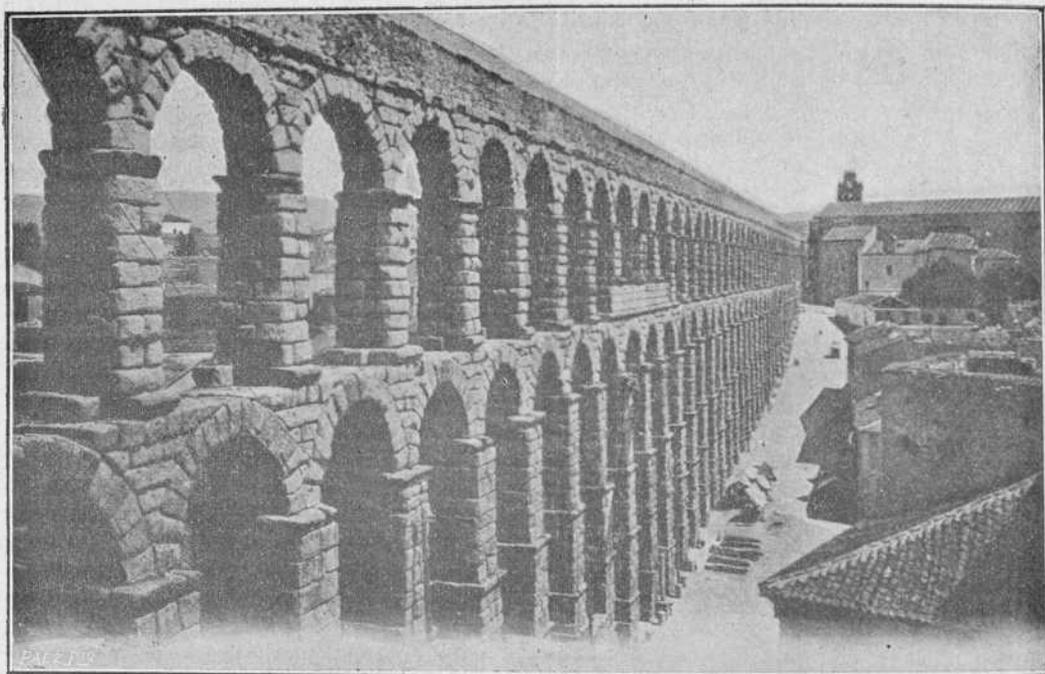
¡El Acueducto! Claro es que al escuchar esta palabra ya se figura uno que está en Segovia, porque no se comprende Segovia sin el Acueducto. Llegábamos el día 25 desde la estación metidos en nuestros coches con un regular traqueteo, cuando á las 4 y 28 minutos pasamos por el Azoguejo y una tenue claridad señalaba en el horizonte la proximidad del amanecer; pero esa línea luminosa se cortaba por arcos sobrepuestos que á lo largo parecían no tener fin. Era la silueta del Acueducto, majestuoso, imponente, que se dibujaba con vigoroso tono, atrayéndonos su aspecto fantástico y asomándonos ansiosos por las ventanillas de los coches para proclamarle reverentemente como representación genuina de la ciudad que íbamos á visitar.

Llegó la mañana del siguiente día 26 y á las 8 y 30 minutos todos los excursionistas encontrábase reunidos á punto de echarse á la calle. ¿Cómo no comenzar el itinerario por el Acueducto? Fuimos primero á verle desde las alturas, y en una especie de mirador inmediato al Seminario recreábase la vista ante aquel delicioso panorama cuyo primer término era la monumental obra que desde tiempos tan remotos como no bien precisados sirve para un uso práctico y altamente necesario en la vida de los pueblos, cual es el abastecimiento de las aguas. Bajamos luego por amplia escalera á la plaza del Azoguejo, punto desde el cual la emoción es más

intensa, pues no hay reproducción fotográfica que pueda sustituirla. Tú has estado en París, y al pie de la torre *Eiffel* que conocías por centenares de grabados, habrás experimentado una sensación de grandiosidad abrumadora completamente nueva; pues no de otro modo al pie del Acueducto segoviano te impone con su sencilla majestad esta obra de granito que desde su altura desafía impávida siglos y siglos.

No hablemos del maestro que le planteara y dirigiese porque pertenece al numeroso grupo de los desconocidos, ni siquiera fijemos la época de su

construcción; pues aun pareciendo evidentemente *obra de romanos*, los sabios arqueólogos discuten el punto encarnizadamente sin ponerse de acuerdo unos con otros; algunos atribuyen á Trajano la gloria de que en su tiempo se fabricara, y otros (estos ya no son los sabios) dicen que aquel puente es... *el puente del Diablo*. Los sillares de que está formado son rectangulares y no tienen verdadera labra ni argamasa alguna para su trabazón, observándose en todos unos taladros ó agujerós que indican puntos de enganche para el arrastre y poder elevarlos á sus respectivos sitios con la facilidad



SEGOVIA: EL ACUEDUCTO

que permitieran las máquinas de aquellos tiempos. Dicen que el número de estos sillares excede de 50.000, con un peso total de doce millones de kilogramos y una altura en la parte que da á la plaza del Azoguejo, de 28 metros. Ya supondrás que nosotros no tuvimos tiempo de contarlos, pesarlos, ni medirlos.

Igualmente los historiadores nos informan de diversas vicisitudes sufridas en la obra del Acueducto, pues en el siglo oncenno se destruyeron por los árabes gran número de arcos cuya reconstrucción no se hizo hasta el tiempo de los Reyes Católicos, y ya entrado el siglo XVI quitaron unos relieves con representaciones de Hércules que había en la parte más alta para sustituirles con otros de la Virgen y el Niño y de San Sebastián, el primero de los cuales pudimos apreciar aunque con algún tra-

bajo, así como más fácilmente vimos por estar tocando á tierra en la plaza del Azoguejo al lado del Acueducto, una cruz de piedra que en su basamento se lee la siguiente inscripción puesta el año de 1692: En señal de devoción—Esta cruz aquí pusieron—Devotos que en ella hicieron—Memoria de la Pasión.

Y con ésto, dejemos ya el Acueducto para trasladarnos á la Catedral. Esta fué la primer visita que hicimos en cuanto descansamos del viaje de llegada. No bien estuvimos en la plaza Mayor, se presentó rápidamente al primer golpe de vista el monumental templo. Aquella agrupación de pináculos, contrafuertes, ventanas y ventanales en diversas alturas, el cimborrio, la torre... todo ese conjunto pintoresco y artístico nos impresionó de tal manera, que permanecemos á pie quieto para observar con apa-

cible sosiego el efecto general. Uno de los compañeros me dijo:—Pero ¿en qué consiste que todas las catedrales ya visitadas en la región son góticas, y no lo es la de Valladolid? Cuantas hemos examinado en las excursiones de Palencia, Salamanca, León, Burgos, y ahora Segovia, todas, con mayor ó menor celebridad, con diferencias que sólo los arqueólogos aprecian, pertenecen al estilo ojival, únicamente la de Valladolid disuena; y como tratándose de catedrales parece que les corresponde por derecho propio aquel estilo, de aquí que casi casi podamos decir que en Valladolid no tenemos Catedral.—Efec-

tivamente, arguye usted bastante bien, respondile, pero las razones son ya muy conocidas, siendo lo más sensible que teníamos casi hecha una catedral de este mismo tipo segoviano, y la tiramos abajo, ó mejor dicho la mandó derribar Felipe II.—¿Pues cómo fué eso? replicó mi interpelante.—Querido consocio, si usted leyera mis *PLEITOS DE ARTISTAS* no me lo preguntara.—Yo no leo esas cosas tan pesadas y engorrosas que usted escribe...—Bueno, gracias, amigo mío.—¿No podría explicármelo ahora en pocas palabras?—Y pocas tienen que ser porque nuestros compañeros nos van tomando la delantera.



SEGOVIA: LA PLAZA MAYOR, LA CATEDRAL Y EL AYUNTAMIENTO

Sabrá usted, pues, que nuestro buen conde Ansúrez, á la par que mandaba construir la iglesia de la Antigua, erigía también la Iglesia Mayor; pero cuatro siglos después el edificio era muy viejo y le demolieron á fin de construirle de nuevo en el estilo gótico, con el apoyo del emperador Carlos V quien pretendía superarse á muchos de los más famosos, siendo arquitecto director de la catedral vallisoletana Rodrigo Gil de Ontañón, el mismo que por muerte de su padre dirigió ésta de Segovia. Auxiliáronle en Valladolid otros arquitectos entre los cuales puedo asegurarle había uno llamado Juan de la Cabañuela, pues así lo dicen papeles viejos del año 1543. La obra era suntuosa, mas iba muy despacio, siendo esto causa de su desdicha, porque cuando la vió Felipe II dijo que no le gustaba la

arquitectura gótica y con excelente intención para favorecer á su ciudad natal con una octava maravilla, fué lo bastante activo para deshacer hasta los cimientos aquella catedral que hubiera competido con la de Salamanca, pero inactivo en concluir la nueva obra de Herrera; así que cambiando luego los aires y la ocasión se fué con su proyecto á San Lorenzo el Real, dejándonos con una iglesia á medio hacer. Y aquí tiene usted explicado, querido consocio, por qué no tenemos en Valladolid una catedral gótica como la de Segovia, ni un grandioso templo clásico como el del Escorial. Mas como supongo que usted querrá conocer algún juicio arquitectónico sobre la obra que tenemos enfrente, coja el tomo II de la notabilísima obra recién publicada por nuestro compañero en esta Sociedad D. Vicente Lampérez,

bajo el título de HISTORIA DE LA ARQUITECTURA CRISTIANA ESPAÑOLA EN LA EDAD MEDIA, y allí tendrá mucho que estudiar y no poco que aprender.

En estas pláticas llegamos á la iglesia reuniéndonos con el grupo excursionista y con el señor deán don Salvador Guadilla á quien saludé en nombre de su sobrino, y compañero nuestro en estas andancias, don Santiago Guadilla, aunque no haya podido concurrir á la presente. Muy atento y afable el señor deán, nos guió en la visita de todo el templo y de sus capillas, y como yo me dirigiera resueltamente á la que hace el número cinco en la

parte del Evangelio, conmigo entraron también todos. La causa era haber allí un retablo escultural de Juan de Juni cuyo asunto es el Entierro de Cristo, y pues en Valladolid tenemos igual motivo y del mismo autor, quería yo que mis compañeros emitiesen un juicio comparativo; pero como éramos muchos no me atrevo á decir que el juicio fuese unánime. La escultura vallisoletana se hizo por encargo del obispo de Mondoñedo don Antonio de Guevara para el convento de San Francisco antes del año 1548 y de allí pasó al Museo pero sin el retablo de que formaba parte. Son todas figuras de



SEGOVIA: RETABLO DEL ENTIERRO DE CRISTO, OBRA DE JUAN DE JUNI, EXISTENTE EN LA CATEDRAL

bulto entero, es decir, aisladas como estatuas aunque agrupadas convenientemente. Juan de Juni fué francés—no me interrumpas prima, ni me vengas con que si flamenco ó italiano; francés y muy francés, fiate de mi palabra—pero el Cristo parece *Miguelangelesco*, así como las demás figuras tienen ya el movimiento exagerado y la factura enérgica y decidida que determinan la personalidad inconfundible de este escultor. El *Entierro* existente en Segovia tiene igual número de figuras también de tamaño natural pero adheridas á un plano, es decir, un alto relieve. El Cristo apoya su cabeza en las rodillas de José de Arimatea y el rostro es muy expresivo, la figura de la Virgen colocada en el centro con las manos simétricamente levantadas tiene una actitud algo violenta y las demás imágenes van al unísono en el estilo propio de Juan de Juni, comple-

tándose el conjunto del retablo por dos figuras de soldados colocados en los intercolumnios, dando una de ellas la nota saliente de atrevimiento en las líneas, pero de buen estilo, pues el brazo derecho extendido [por delante de una columna, hace que la mano avance hasta el mismo cuadro central, y aunque esto parezca distraer algo la atención del asunto, á él sin embargo señala para que todos se fijan en el motivo dominante. Hizose esta obra el año 1571, mucho después que la de Valladolid y sin embargo á ésta damos la preferencia en el estudio parcial y en el carácter de las figuras; pero en Segovia interesa más ver el retablo completo, cosa que allí no sucede aunque por descripciones de quienes le vieron en su sitio viénesse en conocimiento de que también había dos soldados de guardia, cada uno entre dos columnas, si bien otro escritor dice que

eran San Francisco y San Buenaventura, lo cual no es lo mismo. El retablo segoviano ha merecido siempre general aprecio, pero ahora un escritor muy distinguido, muy erudito, aunque bastante apasionado, al dedicar un libro al estudio de esa ciudad, arremete contra Juan de Juni y no le deja hueso sano. Dale con las actitudes violentas y los agitados paños, y con todos esos juicios que de mucho tiempo acá nos tenemos aprendidos de memoria. Pero dime tú, Elisa, cuando nos disteis en Madrid la Exposición del *Greco*, la verdad ¿te entusiasman todos sus cuadros? No decías que si las figuras eran largas, que si había cosas muy extravagantes y que no comprendías nuestro fanatismo por el pintor cretense? Sin embargo reconocías por fin que era un genio y que á los genios no se les discute. Pues si ya todos perdonan las exageraciones pictóricas del *Greco* ¿por qué no se han de perdonar también las exageraciones esculturales de Juan de Juni?

Veo que voy hablando demasiado y tal vez eso no me lo perdonen, con que aligeremos el paso aunque antes de salir de esta capilla he de decirte que en la pared frontera al retablo hay un tríptico pintado en tabla y por ser de una época muy estudiada hoy día le apuntamos todos en cartera.

En la capilla inmediata, el altar es muy churrigueresco aunque con buenas y castizas pinturas, cosa que no debe chocar á nadie; en otra llama la atención una verja por estar toda ella hecha de caoba con la fecha de 1647, la de Santiago tiene su retablo en donde á más del pequeño relieve bien compuesto que representa la traslación de los restos del Apostol, hay que fijarse en el retrato del donante don Francisco Rodríguez de Cuellar, atribuido—creo que con razón—á Francisco Pantoja de la Cruz. Un Cristo yacente vimos colocado dentro de una urna en la capilla de San Antonio Abad que parece fué poco ha descubierto en distinto sitio de la iglesia; es imagen de extraordinario realismo que recuerda la cabeza de nuestro San Pablo, de Villabrille, pudiendo tal vez ser de muy avanzado el siglo XVII. El coro de excursionistas se recreaba mirando aquella cabeza, pero en lo demás del cuerpo creía... ¿por qué no decirlo? que tenía mucha sangre.

Vimos á la ligera la sillería del coro cuya ornamentación geométrica no tiene la riqueza que otras del mismo estilo gótico, y tampoco nos detuvimos mucho ante el retablo principal ejecutado en mármol, con la Virgen que llaman de la Paz, toda de plata, colocada en el centro. Más alto hicimos en la capilla del Sagrario ante un hermoso Crucifijo de escultura, legado á la catedral según nos dicen, por la Marquesa de Lozoya, para el cual se ha hecho un retablo ó altar de cerámica por don Daniel Zuloaga, obra de novedad y buen estilo. Las ropas te hubiera gustado verlas, pues hay ternos completos

del siglo XVI con bordados notables, otros más modernos y una capa que suponen fué regalo de don Beltrán de la Cueva, cosa más discutible que el cáliz de oro donado por el mismo valido, pues aquí lo declara una inscripción, aunque aparte de la persona que lo poseyera, su puro estilo gótico demuestra la época en que debió labrarse.

El tiempo apremiaba, y después de hacerte constar que vimos una magnífica colección de tapices, y cuadros de pincel más ó menos notables, no habíamos de omitir el claustro con su interesante puerta que da acceso al mismo, procedente todo del primitivo templo. En aquel yacen algunos de los arquitectos de la catedral, Rodrigo Gil de Ontañón muerto el 1577, Francisco de Campo Agüero en 1660 y Francisco de Biadero en 1678. También una capilla del claustro presenta en su sepulcro la efigie tendida del infantito don Pedro, aquel infeliz niño hijo de don Enrique II de Trastámara, que de los mal seguros brazos de su ama cayó desde altísima ventana del Alcazar encontrando instantánea muerte.

Y ya que he mentado el *Alcazar* hablemos de él, porque me has pedido sea muy lacónico y por esa razón, de la catedral ya no añado una palabra aunque mucho pudiera decirse. Respecto á la histórica fortaleza, defraudaré quizá tu interés, pues no es hoy más que una sombra del pasado. Conserva el nombre, pero desde que un terrible incendio se cebó en ella durante los tres días que comenzaron el 6 de Marzo de 1862, el Alcazar de Segovia ya no existe. Nada importa que se haya procedido á su restauración, que le hayan hecho habitable, que conserve algunos vestigios de su primitiva época; todo es inútil, de aquel castillo y famosa mansión regia no queda más que las descripciones hechas por nuestros antepasados. Para saber lo que era, coge cualquier Guía de Segovia y quedarás asombrada de la inmensa riqueza decorativa atesorada durante la Edad Media por los monarcas cuyo nombre va unido á este celeberrimo monumento histórico y artístico.

Avidos de emociones penetraron en él los excursionistas después de contemplar su imponente efecto al verle elevarse sobre los peñascales que bate el río Eresma, y el examen directo de las bellezas interiores fué sustituido por la acompasada voz del *cicerone*—modelo en su género—que iba reseñando toda la historia pasada y su destino presente. Hízonos después subir por una escalera de 108 escalones que según dijo con mucha gracia nuestro guía, valen por 216; pero bien merece esa pequeña fatiga el placer de encontrarse en lo alto de la torre del homenaje, viendo desde las almenas las abruptas rocas y el profundo valle con los terrenos que le circuyen; la casa donde vivió Santa Teresa y donde hizo penitencia San Juan de la Cruz, el Parral, la Vera Cruz, la Fuencisla, San Marcos; y más allá se

divisa Valsain, La Granja... y el ánimo se extremece cuando nos señalan la ventana desde donde se cayó aquel pequeño infante de que antes te he hablado, estrellándose él y su ama que se arrojó detrás, al pie de la inmensa mole del Alcazar.

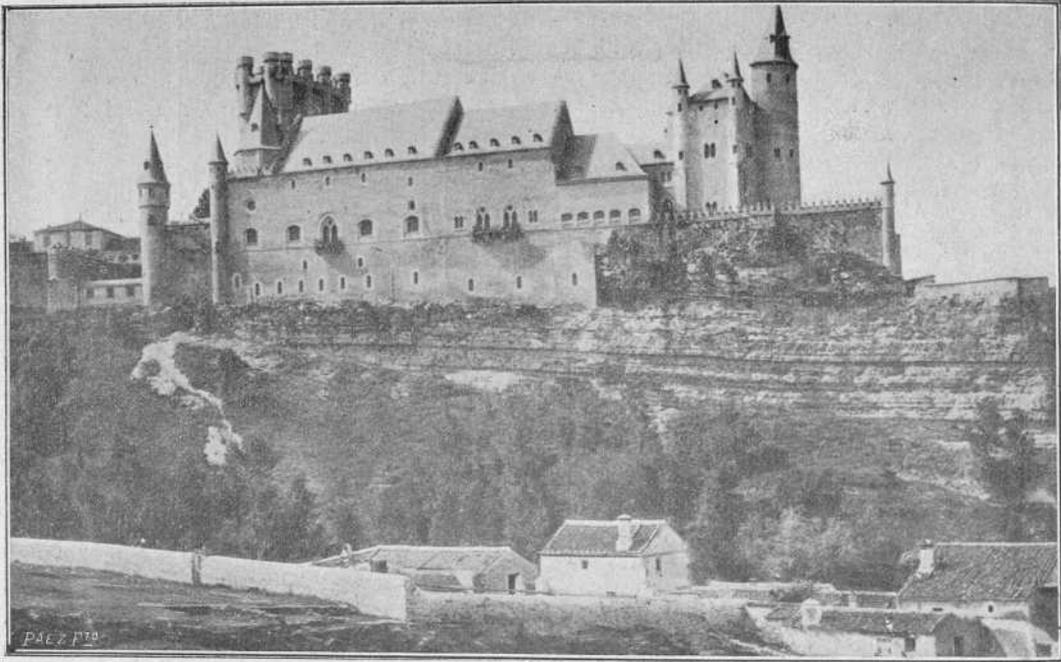
Destinado hoy como antes del incendio á Academia de Artillería, toman grandes precauciones para que aquel no se repita, siendo una de ellas la colocación de un cartel á la puerta de entrada, donde escrito en cinco idiomas se hace saber al público que se prohíbe fumar. Pero ¿y si viene un extranjero con otra sexta lengua?

Hago ya punto, Elisa, dando por terminadas estas cartas viajeras. Cumplido tu encargo, no debo extenderme á más porque sería cansarte y cansarme yo inútilmente. Recibe el cariñoso afecto de tu primo

Pepe.

Valladolid 18 de Septiembre de 1909.

Me extraña mucho y no acierto á explicarme querida prima, el tono de tu carta. ¿Qué te he hecho yo



SEGOVIA: EL ALCAZAR

y en qué puedo haberte ofendido? Dices que acabé la mía tan de repente que parecía mal humorado y añades con cierto retintín que si tanto me cansa el escribirte no vuelva á hacerlo jamás. Te equivocas prima si lo tomas por ese lado, pues yo lo que temía era fatigarte á tí con estas narraciones sin substancia alguna que rebasan á la vez los límites de las cartas familiares. Concluyes imponiéndome el castigo de que te cuente todo, todo nuestro viaje, pero rápidamente, sin digresiones ni divagaciones, y obediendo el mandato así lo hago con mucho gusto, aunque solicitando tu indulgencia para escribir lo que me parezca al correr de la pluma.

¿De qué te hablaré? ¡Ah sí! De nuestros paseos por la ciudad. La iglesia de *San Miguel* cerca está de la fonda al desembocar en la Plaza, y aunque el templo no sea el primitivo bien merece que entre-

mos, siquiera por ver un colosal tríptico que recuerdo de otras veces, puesto sobre los arcos en el muro del Evangelio, cuya parte central representa el Descendimiento y á los lados San Miguel y San Antonio. En una capilla de la Epístola hay otro retablo pequeño con inscripción que dice: Acabóse MDLXIII, encontrándose además varios restos sepulcrales.

Pero más interés tenían los compañeros en ir á la antigua *Sinagoga*, luego convento de *Corpus Christi*, restaurado por consecuencia del incendio ocurrido el 3 de Agosto de 1899. Ocuparon el templo los judíos para las prácticas de su culto hasta el año 1410 en que ocurrió un hecho memorable y milagroso donde intervino el sacristán de una iglesia y un médico judío, el cual abusando de la pobreza en que aquel estaba, hizo le diese por muy buenos dineros una hostia consagrada la cual quemó en la

Sinagoga á presencia de otros muchos judaizantes, en cuyo punto sintióse un colosal estrépito en todo el edificio agrietándose sus muros, y hecho luego público un suceso de tanta resonancia, fueron castigados los profanadores y convertida la Sinagoga en iglesia bajo la advocación de Corpus Christi. Recuerdo la impresión que me hizo cuando por primera vez la ví hace muchos años, allá por el de 1868, comparándola con aquella otra Sinagoga de Santa María la Blanca existente en Toledo, y emborróné mi álbum con muchos apuntes—entonces no había tarjetas postales—de los grandes arcos de herradura con sus columnas octagonales sin basa, pero con hermosos capiteles de entrelazados en los que á veces interviene la piña en son de elemento decorativo, así como de las bellas líneas de la arcadita lobulada que corre por la parte alta de los muros. Lo que las voraces llamas destruyeron, se ha renovado todo lo posible; pero el interés ya no es el mismo ni la emoción que produce tan intensa como cuando se conservaba en pie la fábrica primitiva.

Otra ruina hay en Segovia, otro importante monumento declarado nacional venido igualmente á tierra, no por culpa del fuego, sino por la acción lenta y fatal del tiempo. La *Torre de San Esteban* era famosísima; por reina de las torres estaba calificada, y aquí donde tenemos la muy célebre de la Antigua, dejábamos sin resquemores que ocupara aquella un primer lugar. No pudo resistir la pesadumbre de los siglos, declaróse en inminente peligro su estabilidad, y fué derruida. Así la hemos visto apenados en la excursión presente, con su aditamento de andamios para la reconstrucción que será costosa y lenta... si al fin se termina, pues nos acordábamos de otros andamios que rodean la torre vallisoletana expuesta á las mismas contingencias que su compañera. Ya en nuestro BOLETIN se ocupó de la de Segovia don Enrique M. Repullés y Vargas, y á su interesante artículo y á la lámina que acompañaba me remito.

Debo hablarte también de la iglesia de San Martín, pero como íbamos muchas veces calle va y calle viene sin rumbo fijo, llegamos á otro mirador al aire libre, que llaman de la Canaleja, sitio desde donde en dilatada y amena perspectiva se contemplaba la parte baja de las afueras, desembocando en seguida en la calle de Juan Bravo, una de las más importantes. Mientras algunos socios hicieron alto en la próxima lotería buscando el número que más gracia les hiciera—el cual como es natural no salió agraciado—yo, despreciando las riquezas materiales, me separé momentáneamente de ellos para contemplar á mi placer la *Casa de los Picos*, hoy de la Marquesa de Arco Hermoso según noticias de la vecindad, aunque allá en el siglo XVI perteneciera á don Pedro López de Ayala que también le dió por escribir crónicas, y el nombre con que la casa es co-

nocida desde mediados del siglo XVI, indica el tema de ornamentación en la fachada cuajada simétricamente de salientes puntas labradas en la piedra, dando un efecto original y llamativo.

Reunidos todos seguimos luego calle adelante, y en una pequeña plazoleta al lado de la calleja de la Alhóndiga, nos paramos instintivamente frente á una casa que parecía un palacio, y por su torreón y ventanas ojivales le datamos inmediatamente como del siglo XV, teniendo las paredes enlucidas con adornos de arabescos de los que se ven á menudo curiosos ejemplares. Has de saber que en nuestra Asociación tenemos la consigna de que cuando una casa interese por su aspecto nos metamos de rondón en ella, y si la puerta está cerrada llamemos prudentemente para que abran. Así lo hicimos, y franqueada la entrada pedimos permiso para ver el patio, lo cual no sólo fué concedido incontinenti, sino que aún nos invitaron á subir á las habitaciones. La amplia escalinata cubierta con notable arte sonado mudejar nos detuvo largo rato, y al llegar á la galería principal salió á recibirnos una dama que por su señorial aspecto, su distinción, hermosura y elegancia, aún cautivó más nuestro espíritu que las bellezas ornamentales profusamente repartidas á su alrededor, pues ella era el mejor ornamento de aquel palacio. Saludonos con exquisita cortesía, explicamos por nuestra parte el objeto que nos guiaba, y sin arredrarse ante aquella nube de curiosos forasteros nos hizo los honores de la casa—pues ya comprenderás que era su dueña—guiándonos á todas las habitaciones que lo mismo en sus techumbres, que en sus grandes ventanas ó en los escudos profusamente prodigados, deja ver con facilidad la época aproximada de su construcción, conservándose hoy día todos los departamentos con solícito cuidado. La señora que tan atentamente nos recibía llámase doña Carmen Aspiroz, casada con el capitán de Artillería don Manuel González Longoria. Parece ser que los primeros fundadores del palacio fueron los Oquendos de Vizcaya cuyo es el escudo colocado en el frontispicio; pero luego pasó á la pertenencia del general Aspiroz y la heredó su hijo el Conde de Alpuente de donde desciende su actual poseedora. De ella nos despedimos muy agradecidos á sus bondades, y ya comprenderás que cuando escriba la Crónica tengo el deber de manifestarlo así públicamente.

Volvemos á salir á la calle de Juan Bravo que al cambiar por éste el antiguo nombre de Real que antes tenía, lo han hecho con su cuenta y razón, pues dan por seguro que en una casa de dicha calle vivió el célebre comunero Juan Bravo. Sabrás prima, que en esto de la autenticidad de las casas históricas soy un tanto desconfiado y receloso, pues se han visto algunos equívocos y es necesario hilar muy delgado antes de poner una lápida conmemo-

rativa de ese género. Quizá no conozca yo en toda su integridad el *expediente* de referencia, pues me enseñan un acuerdo del Ayuntamiento segoviano fechado el 30 de Marzo de 1878 autorizando la colocación de la lápida; otra autorización del 3 de Abril siguiente dada por el señor Gobernador civil en lo que respecta á la inscripción—y ya podía el Gobernador ó la Comisión de Monumentos haber tachado el *don* dejándole en *Juan Bravo* á secas que es lo castizo—y últimamente una tercera autorización del dueño de la finca para que en ella se colocara la repetida lápida. Pero la instancia del iniciador don Vicente Rubio en la cual seguramente expondría los *fundamentos y pruebas* en que se apoyara, eso no lo veo en parte alguna, y de ahí los temores que me asaltan, por más que al comunicárteles digas quizá como un excursionista á quien también se los hacía presentes de viva voz y me replicó:—¿Qué le importa á usted que fuera esta misma casa donde vivió el ilustre comunero, ó la de más arriba ó la de más abajo? Lo esencial es perpetuar su memoria ¿no está ya conseguido el objeto? pues basta.—Mírele atentamente y respondí cabizbajo:—Tal vez, amigo mío, tal vez esté usted en lo cierto y así hay que considerarlo en muchas ocasiones.

A punto cortamos el diálogo pues varios de los nuestros entraron alborozados en una tienda donde había muchos libretos y papeles, saludando con demostraciones de gran afecto á un mercader que detrás del mostrador estaba y era nada menos que D. Antonio García, antiguo administrador de «El Norte de Castilla», ahora en la imprenta y librería de D. Antonio San Martín. Alegrámonos él y nosotros del encuentro, dando aquel á la Sociedad excursionista como albricias un ejemplar del libro *SEGOVIA*, escrito por D. Eugenio Colorado y Laca, é impreso muy recientemente en la dicha imprenta de San Martín. Todos hemos hojeádole con interés por denotar en el autor no sólo un gran estudio en la historia de esta ciudad sino erudición y cultura extraordinaria, pues aunque yo disienta en *cierto punto*, eso no hace al caso. También nos proveyó el Sr. García de los periódicos locales *El Diario de Avisos* y *El Adelantado*, en donde se da cuenta de la llegada y permanencia en Segovia de la excursión vallisoletana hasta con nuestros nombres y apellidos. Agradecemos la atención periodística, declinamos modestamente los elogios que nos prodigaban; pero luego ví que algunos á hurtadillas volvían á leer los sueltos encomiásticos. ¡Es siempre tan sugestiva la letra de molde!

Ya estamos en la iglesia de *San Martín*, objetivo principal que por entonces nos guiaba, pues teniendo aquí en abundancia el arte románico justo era detenernos en este monumento. También hay muchas reconstrucciones y renovaciones, también ha expe-

rimentado el efecto de antiguos incendios; pero su hermoso pórtico de columnas pareadas y variados capiteles, el arco de entrada con bellos detalles de ornamentación, todo en fin hace que le mirásemos con singular agrado, como así bien el interior que nos llevó largo rato, no ya por la arquitectura—pues ha desaparecido su primitivo carácter—sino por las otras artes hermanas. Vemos una magnífica tabla adosada á la pared, tan junta á la puerta de entrada, que el marco de ésta cubre con muy poco respeto artístico parte de tan notable pintura, que representa á la Virgen apareciéndose á San Ildefonso, con acompañamiento de otras figuras; pero se halla colocada en muy malas condiciones para examinarla á gusto por la escasa y reflejada luz que hay en aquel sitio. Encuadra la pintura un arquito gótico conopial lobulado interiormente que acusa al parecer el último período del siglo XV.

La capilla de los Herreras no debe pasarse en silencio. Está el sepulcro de los esposos fundadores con sus efigies en alabastro; pero como el tiempo urje, le dedico más al tríptico del altar pues me seduce al primer aspecto; la parte central es de escultura con imaginería de alto relieve representando el camino del Calvario, aunque en el plano del fondo están de menor tamaño Cristo, la Virgen y San Juan. Las puertas que cierran el tríptico contienen cuadros de pintura divididos no más que en dos compartimentos cada hoja por su parte interior, representando los de la parte baja la Aparición de Jesús, pero en un lado se presenta ante un hombre y en otro á una mujer. ¿Serán los fundadores? En el exterior la pintura de estas puertas ha desaparecido de tal modo que es imposible distinguir casi nada. Si como dicen, la erección de la capilla tuvo lugar á principios del siglo XV, entonces harían también este importante retablo.

Otros sepulcros hay, y detalles diversos que los mencionaría de buena gana; pero el paso de los excursionistas es muy rápido y á él tienen que ajustarse nuestras impresiones. En otras cartas te hablaré de distintas iglesias y ábsides románicos, pues de ello hay mucho; si es que yo me acuerdo de todo ó mis *reporteros* me mandan las oportunas notas.

Lo mismo digo en cuanto á las casas señoriales, pues las hay interesantísimas, mas por si acaso no he de dejar en el tintero la del Marqués del Arco, que antes había pertenecido al Cardenal Espinosa, y ya desde la calle se adivina la importancia del patio con sólo dirigir una mirada. Acusa de una manera franca y bella el gusto afligido de la talla en piedra del primer renacimiento español que llamamos *plateresco* para que todos nos entiendan. El conjunto y los detalles son muy dignos de estudio, aun siendo el género abundantísimo en nuestra región. Las columnas tienen sus capiteles y zapatas

ricamente ornamentados y sobre ellos la serie de medallones con bustos de muy gran relieve que corre alrededor del patio. En éste hay un pozo de agua cristalina y pura según puedo atestiguarlo.

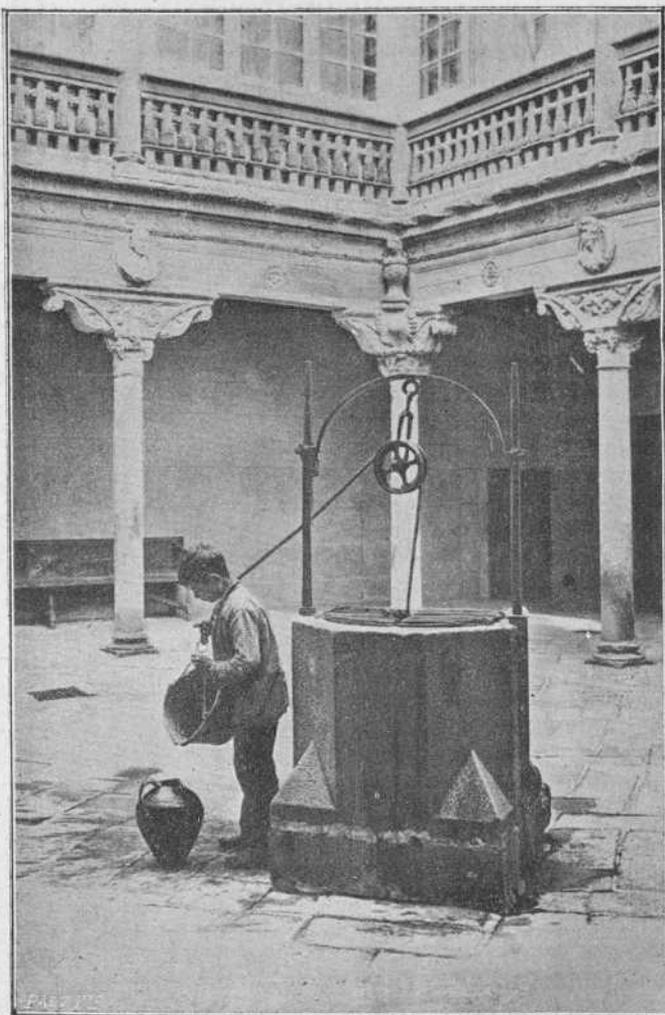
Pero como se acercaba la hora del almuerzo decían los consocios á voz en grito que no era agua clara lo que necesitábamos. Ya nos dirigíamos á la fonda cuando se acercaron dos excursionistas extraviados, de los más observadores por cierto, quienes dijeron: — ¿no han visto ustedes la calle de los Espejos? Podrá tener ese nombre ú otro, aunque lo cierto es que en algunos balcones hay unos espejitos especiales arreglados con tal arte que las muchachas desde el interior del balcón pueden ver sin ser vistas, á los transeúntes que por allí pasen. — La noticia picó nuestra curiosidad y allí fuimos todos hasta la calle de Escuderos, donde los guías nos mostraron esos pequeños artefactos que á unos dejaron convencidos y á otros no; prefiriendo estos últimos meterse en el patio de cierta casa vecina, sólo porque las columnas, capiteles y escudos les atraían, y hasta las habitaciones hubieran subido si no fuera porque los demás les sacaron casi á la fuerza, haciendo valer la prescripción reglamentaria de que la puntualidad para la comida y la cena es inexcusable. Además lo que ellos argüían con sobrado fundamento: las moradas antiguas de carácter artístico brotan á cada paso en Segovia, y después, cuando nos quede algún rato nos dedicaremos á ver todas.

Llegamos á la fonda, y aseados convenientemente bajamos de nuestros respectivos cuartos al comedor, llevando en la mano los periódicos de la tierra y las cartas ó postales de los deudos ó amigos. Almorzamos con buen apetito, buen *menú* y buen humor. Aunque éramos muchos, notaba yo al principio un silencio extraordinario; pero luego se interrumpía gradualmente de aquí para allá; más tarde se escuchaban voces y fuertes carcajadas, aumentando al llegar á los postres, — no te digo al *Champagne*, porque llamo al pan pan, al vino vino y al agua de Seltz no la convierto en Champagne, — aumentando repito la locuacidad colectiva de tal manera que ya todos charlábamos por los codos. Se recordaban los incidentes de la mañana, y poseídos del vértigo excursionista, se proyectó para el verano próximo otra excursión grande, muy grande. La idea fué acogida con extruendos aplausos. Los modestos burgueses que en las otras mesas del salón comían, nos miraban

asombrados... ¿No te parece que el momento es oportuno para suspender esta carta y continuarla en la siguiente?

Siempre tuyo

Pepe.



SEGOVIA: PATIO DE LA CASA DEL MARQUÉS DEL ARCO

Valladolid 15 de Octubre de 1909.

Mi querida prima Elisa: Estaba muy preocupado por tu tardanza en contestarme, mas por fin recibo ahora carta tuya, en la que me dices no has podido leer la mía por los continuos ataques de jaqueca que te lo han impedido hasta hace poco. Siento la indisposición y celebro la mejoría; pero se me ocurre una duda ¿esos fuertes dolores de cabeza no te

han permitido leer mi escrito, ó son mis cartas las que te dan tan prolongada jaqueca?

Aténgome sin embargo á la pregunta que al final me dirijes, según la cual deseas saber lo que ocurrió después del almuerzo y cómo invertimos la tarde. Pues vaya si te lo contaré, puesto que fué una tarde muy agradabilísima la que pasamos el día 26 de Agosto. Terminado el almuerzo ya teníamos dispuestos dos grandes carruajes como en la excursión á La Granja y allí nos colocamos todos, con más el inspector de policía D. Nicolás Sánz. Eso del inspector merece algunas explicaciones para que no te alarmes. Sabrás que nuestro Gobernador civil de Valladolid D. Juan Antonio Perea, siguiendo tradicionales costumbres nunca interrumpidas, telegrafió al Gobernador de Segovia participando la salida de estos excursionistas, y en el día de llegada—precisamente al salir de la catedral—fuimos á saludar á la primera autoridad civil, D. Angel Gómez Inguanzo, entrando en su despacho una comisión tan sólo y esperando los demás en el zaguán. La acogida que nos hizo fué en extremo afectuosa, complaciéndose ver entre nosotros á D. Mario González Lorenzo, por ser antiguos amigos, y á D. Román García Durán, porque además de su representación excursionista llevaba la propia de Inspector de Sanidad. Diónos toda clase de informes respecto á la hora en que correrían las fuentes en La Granja poniéndose al teléfono con el administrador del Real Sitio, y como para algunas cosas de Segovia se necesitaría autorización especial, dispuso nos acompañara el inspector á quien participamos nuestro itinerario, siendo esa la razón de que ocupara el supradicho coche. Es este fuimos lo primero á ver una fábrica de loza titulada *La Segoviana*, fundada en el año 1861, á cargo hoy de D. Marcos Vargas, y nos acompañó en la visita de la casa su hermano D. Ventura, enseñándonos paso á paso los múltiples talleres que hay allí instalados, viendo funcionar á los operarios y las operarias en trabajos comerciales ó de uso corriente, pues los de indole verdaderamente artística los tienen expuestos en un local aparte, como especie de museo, para dar idea de la importancia de la fábrica.

El *Monasterio del Parral* no podía menos de incluirse en nuestro programa. Allí fuimos por donde antes estaba Santa María de los Huertos, y es tal la frondosidad del camino, que solían decir: «De los Huertos al Parral, paraíso terrenal». Declarado el monumento como tantos otros de Segovia con muy justos títulos, de carácter nacional, hay un encargado de su vigilancia—cosa que no en todas partes sucede—y estando ya avisado por nuestro inspector de policía, entramos en lo que fué convento erigido por D. Juan Pacheco, marqués de Villena, allá por los años de 1459 reinando Enrique IV, y dicho se está que pertenece al estilo ojival. Es muy amplia la única nave del templo, en cuyo frente álzase un

grandioso retablo de escultura policromada con manifiestos caracteres del siglo XVI, sabiendo únicamente el nombre del pintor, dorador y estofador, que fué Diego de Urbina, muy unido en esta clase de trabajos con el gran pintor vallisoletano Gregorio Martínez, habiéndose hecho el contrato de la obra de Segovia el año 1553, como igualmente se citan algunos entalladores; pero ignórase quién fué el escultor ó imaginero, lo cual sería más importante y conduciría á un mayor estudio. Bien sabes que respecto á nuestra riquísima historia artística andamos aún muy atrasados para conocerla por completo; á cada paso encontramos en las excursiones lagunas infranqueables, y ni son autores de muchas obras aquellos á quienes se les asignan tradicionalmente, ni están todavía suficientemente averiguados los nombres de los que son.

Igual podría decirte de las estatuas orantes de los marqueses de Villena D. Juan Pacheco y doña María Portocarrero, cobijadas en sendas hornacinas del primer renacimiento puestas en los planos laterales de la capilla mayor; y del sepulcro de un gótico avanzado, cuya estatua yacente representa á la condesa de Medellin D.^a Beatriz Pacheco, hija bastarda del fundador del convento. En cuanto al apostolado con figuras esculturales de colosal tamaño, colocadas muy decorativamente una á cada lado de las grandes ventanas que iluminan la iglesia, dícese que fueron comenzadas por Sebastián de Almonacid el año 1494.

Largo rato estuvimos en el antiguo templo y lo poco que en la sacristía paramos, fué más bien para dirigir sentido recuerdo á una obra ausente cuya señal queda visible en el muro por un espacio rehundido donde estuvo el cuadro «El triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga», hoy existente en el Museo del Prado, cuadro que estudió en nuestro BOLETÍN D. Elias Tormo, dándole el título de «*La Fontana de la Gracia*», en un artículo de tanta miga que bien merece se le repase en la actual ocasión.

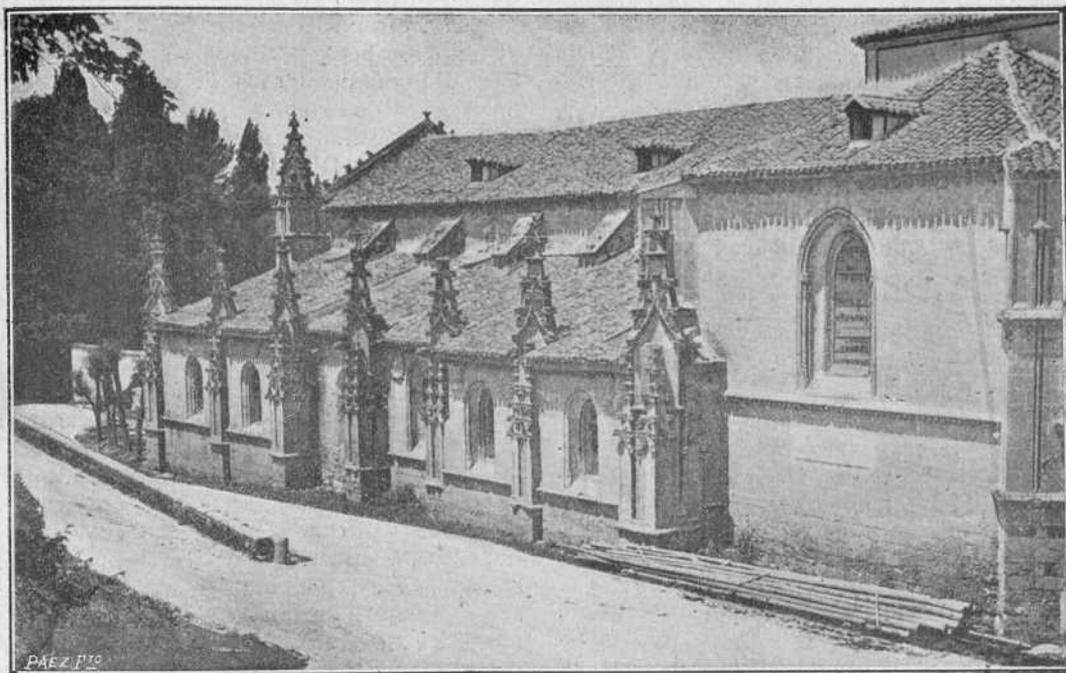
Los *Templarios* ó la *Vera-Cruz* es otro monumento nacional que guarda Segovia con mucho interés y por si acaso algún consocio excursionista le dedica capitulo aparte, sólo te diré que á todos llamó su atención la planta poligonal á manera de rotonda, con otro espacio concéntrico más reducido destinado á tabernáculo, por cuyos pequeños arcos entrábamos y salíamos ya que hoy la iglesia no está destinada al culto. Vimos un retablo gótico estropeado en demasía donde aunque mal, algo se conserva de las ocho medias figuras de la *predella* y del cuadro central en que se pintó la Resurrección. Hay una capilla titulada del *Lignum Crucis* con una especie de retablitto en que abunda la decoración escultural, y allí se ve trazada la fecha de 1520.

La proximidad en que estábamos de Zamarramala me hacía recordar aquellas graves matronas

zamarramaleras que el día de Santa Agueda lucían su clásico traje de *alcaldesas* con la montera de los Doce Apóstoles y su vara de autoridad, ejerciendo el supremo cargo municipal de presente y no como aquellas que se contentan con decir: *¡si las mujeres mandasen!* Yo supongo que cuando se escriba la historia del *feminismo*, Zamarramala ocupará el lugar que por derecho le corresponde. Observo que se me ha ido el santo al cielo con una excursión retrospectiva cuando no debo hablarte más que de la presente.

Y en la presente seguimos nuestro paseo algunos

ratos á pie y otros en coche, admirando el espectáculo siempre hermoso y variado de las afueras segovianas hasta llegar á la *Fuencisla* donde á lo alto vimos un ciprés que se conserva enhiesto hace siglos desde que le plantó San Juan de la Cruz. La advocación del santuario de Nuestra Señora de la Fuencisla procede á la vez de un hecho milagroso y de estar edificado el templo bajo una peña que le cobija á manera de dosel, la cual perennemente, constantemente, tiene abiertos sus poros para destilar el agua gota á gota. La imagen, colocada ha muchos siglos en la antigua catedral, sirvió para



SEGOVIA: SANTA CRUZ

que invocándola una infeliz judía la salvara milagrosamente de una muerte afrentosa, trasladaron luego la Virgen á este santuario, aunque el edificio que hoy existe construyóse transcurridas largas centurias, pues le inauguró Felipe III el año 1613. Con eso está dicho que su traza y ornato ha de tener poco carácter monumental; es sin embargo una buena iglesia con retablo de mediados del XVII; pero se respira allí más devoción que arte. Visitamos el camarín de la Virgen á espaldas del altar mayor, y luego la sacristía, fijándonos en una hermosa mesa de marmol con sus pies bien decorados que según decían fué hecha para el alcázar y de aquí pasó al célebre santuario.

Inmediato á éste hállase el convento de Carmelitas descalzos, lleno con los recuerdos de San Juan

de la Cruz, guardando su cádaver religiosamente. La iglesia también pertenece á la época del santuario, y por fuera de aquella se asciende entre la peña escalonada á la gruta donde oraba y hacía penitencia San Juan de la Cruz convertida hoy en capilla, y más arriba todavía, aquel ciprés que desde la carretera se distingue señalando al viajero este lugar santo.

Al regresar á Segovia habíamos de hacer escala ante la iglesia de *Santa Cruz* siquiera para ver detenidamente el exterior que ya de paso observamos á la ida, pues la inscripción *tanto monta* del cornisamento, y las flechas y el yugo bien denota la personalidad de los Reyes Católicos. Ahora pudimos detenernos examinando las bellas líneas de conjunto y los detalles, pasandó largo rato ante su hermosa

portada, interesantísima como representación de las postrimerías del arte gótico, teniendo en su parte principal bajo un arco trebolado, la *historia* en talla del Entierro de Jesús, con bien distinto carácter de aquella otra de que te hablé en nuestra visita á la catedral. En la que ahora vemos, aumenta su interés por estar colocadas en los extremos las efigies orantes de los regios esposos á quienes se debe la erección del templo, sobre el cual y sobre la *Cueva de Santo Domingo* de que procede, mucho podría decirse si la ocasión fuera oportuna.

La tarde declinaba y dispusimos la vuelta á la ciudad. Todos nos encontrábamos satisfechos de aquel paseo artístico, oxigenado y cómodamente dispuesto, merced á los acertados trabajos de la tesorería social. Empero aquella noche teníamos que salir de Segovia para dormir en nuestros patrios lares, y dejábamos aún muchas cosas por ver, y otras que quisiéramos ver más despacio, lo cual amargaba un tanto nuestras alegrías. Yo mismo hallábame muy contrariado; había medido mal el tiempo y me quedaba sin examinar algo que particularmente me interesaba. Llegamos á la plaza Mayor; de los dos carruajes descendieron todos los excursionistas y entraron no se donde para proveerse de *dulces* recuerdos destinados á sus esposas, á sus hijos, á sus nietos... Yo permanecía solo, inmóvil en el vehículo.—Cochero, dije, á escape, á San Andrés.—Llegamos en un periquete, dirijí una mirada desdeñosa al ábside románico, ¿qué me importaba entonces lo románico?, desciendo y pregunto rápidamente, atropelladamente á la primer muchacha encontrada al paso. ¿Dónde vive el sacristán?—Allí enfrente señor, pero no le encontrará usted porque ha ido á dar un paseo á la ciudad.—¿Sabes quién tiene las llaves de la iglesia?—El sacristán, señor, venga usted mañana temprano y de seguro le encontrará usted.—¡Mañana!, dije con sonrisa incomprensible para aquella pobre lugareña, desconocedora de los anhelos excursionistas, si ¡mañana!

Volví al coche, volví á la plaza, y aún estaban mis compañeros ante el mismo mostrador donde les había dejado.—Pronto ha despachado usted su cometido, me dijeron.—Sí, pronto... y desviando la conversación seguí el ejemplo que ellos me daban; poco después regresábamos todos juntos al hotel.

No creas, Elisa, que te haya dado cuenta completa de la excursión, pues como te he reseñado los sucesos sin orden cronológico, he omitido muy interesantes pormenores que darán materia para cartas sucesivas, si continuas prestándome tu nunca interrumpida benevolencia.

Adios, sabes que no te olvida tu primo

Pepe.

24 Octubre de 1909.—Valladolid.

Me dices querida prima que te has aficionado á la lectura de mis cartas, y deseas saber todas esas cosas que te anuncio, mas por de pronto, como tanto hablo de mis compañeros de excursión, quieres que dedique una carta á ellos para dártelos á conocer. Ya verás la lista cuando la *Crónica* se publique, pero te daré algunos detalles que entonces no serían oportunos.

Aunque sea para lamentar su ausencia, debo mencionarte á D. Juan Agapito Revilla. Este señor es arquitecto, muy erudito en todas las materias que nos ocupan, Director de las Excursiones y del *BOLETÍN*, verdadero padre de esta familia excursionista; pero ahora por ineludibles ocupaciones, no ha podido acompañarnos. Te lo advierto para que no le eches de menos.

Siguiendo en orden de categorías por sus cargos en la Comisión Directiva, debo mencionarte á don Francisco Sabadell, eminente artista de la jardinería y gran financiero, hombre verdaderamente popular; mas tanto le alaban que me temo llegue á engreirse demasiado. ¿Querrás creer que cuando llegó á la estación de Valladolid poco antes de arrancar el tren se le recibió con una ovación *entusiástica*? Yo no digo que no lo merezca pues bien sé los prodigios que hace como Tesorero-Contador en la Sociedad; pero figúrate que se ha llegado á decir estos días en los Círculos políticos que Moret le habia ofrecido la cartera de Hacienda, lo cual me parece demasiado.

Don Mario González Lorenzo es Vicetesorero-Contador, guapo chico, fino, atento y de los más antiguos y asiduos excursionistas. Ha debutado ahora en su empleo con general aplauso y se espera mucho de su inteligencia y entusiasmo, aunque yo creo que le falta bastante para llegar á Sabadell. Este es más alto:

El Secretario D. Luis Pérez Rubín, tampoco pudo asistir por estar concluyendo unos madrigales; pero estuvo en espíritu, y seguramente leerás su prosa poética al mismo tiempo que la *Crónica*. En cambio teníamos en la excursión al Vicesecretario D. Román García Durán, Doctor en Medicina, joven, distinguido, con barba rubia, ojos azules y afectuoso. ¿Puedes pedir más? Si le dejaran libre sus enfermos sería de los más constantes en las viajatas de la Sociedad, y en todas las que asiste le proporcionamos varias consultas sobre el terreno, nos toma el pulso y aún receta. Pero no cobra.

Somos demasiado número para contentarnos con un médico y llevamos tres, D. Félix Pérez Gallego, simpático ex-concejal, que no pudo hacer sino la primera parte del viaje, ó sea el de la Granja, y en cuanto la Fama soltó el trompetazo de agua, dijo, á Valladolid me vuelvo. Más constante D. Se-

rafin Blázquez no nos abandonó un momento, hasta el punto de que al regresar á nuestros hogares disgregáronse unos tras otros los excursionistas, quedando únicamente en la plaza de Zorrilla, Blázquez y yo. Teníamos que tomar ambos direcciones distintas; pero D. Serafin con voz dulce y suave musitaba insistentemente su deseo de acompañarme para que no fuese solo. ¡Como si tanto valor se necesitara para ir por la calle de Santiago á la una de la noche en el mes de Agosto! En otras excursiones hemos contado también con boticario, notario y hasta sacerdote. Ahora no pudimos llegar á tanto.

Entre los asociados figuran las Corporaciones y siendo una de ellas el Instituto General y Técnico, nadie podía representarle con más justos títulos que su Director D. Policarpo Mingote. No te le vayas á figurar serio, amojamado y dogmático, pues te equivocarías por completo, ya que tiene un carácter tan atrayente y afable que consigue hacer salir de sus labios la enseñanza de un modo natural. Los discípulos le respetan tanto como le quieren. En Segovia compartió el placer de un viaje colectivo con las más puras afecciones paternas, pues tiene una hija monja en el convento de Carmelitas Descalzas. Por eso visita con frecuencia esa ciudad, la conoce perfectamente y nos sirvió de inteligente y erudito guía para varios de los puntos recorridos.

La instrucción primaria estaba encarnada en don Anacleto Moreno y don Hermógenes Amor. El primero fué de los socios incompletos por muchas razones que dió y no le entendí. Bien podía el cronista de Avila haber continuado desempeñando el mismo papel hasta Segovia. Respecto al segundo asistió en nombre de su sobrino el canónigo D. Gregorio Amor que demostró su buen deseo adhiriéndose de los primeros aunque luego no pudo concurrir. Gran compañero de viaje don Hermógenes con sus inagotables cuentecillos.

Don José Suárez Leal es ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Además es joven, con buena figura y un bigotito que... tu habrás visto comedias en que aparece una familia pobre ó rica, habitando misera choza ó vistosa casa de campo. De pronto aparece un desconocido, el desconocido es un ingeniero que va á proyectar una vía férrea, un puente, un camino; el ingeniero se apodera del corazón de la damita joven ó de la dama de carácter, sobreviene el conflicto, y el galán triunfa entre los aplausos del público. Yo no diré que ese ingeniero sea el nuestro; pero... pudiera serlo.

Siempre nos da un regular contingente la Industria y el Comercio. Tuvimos á don Fernando Santarén Madrazo quien al frente de la imprenta y librería de Fuente Dorada conserva las gloriosas tradiciones de familia. Es joven de muchas letras y formal. Don Fermín Ruano, colaborador infatigable de

esta Crónica figura en primera línea entre los muchachos de buen ver aunque sea padre de familia y su cortesía es proverbial. Por de contado tiene también barba rubia. Si Ruano se dedica á la más alta indumentaria masculina, don Florián Tellez prefiere los bajos; sólo que es un ambicioso, pues acapara un verdadero *trust*. Como don Lucio Zapater es el más moderno de los socios, no puedo aún cortarle el traje á su medida, pero me consta que tiene buena voz y es lo único que al presente puedo de él decir. En cuanto á don Manuel del Castillo estoy obligado á manifestarle mi reconocimiento pues siempre me da la mano para bajar del tren. Es tan activo, que mirando el Acueducto desde el Azoguejo formó en un santiamén el presupuesto del andamiaje necesario para llegar á los más elevados sillares.

Aún no te he hablado de don Ladislao Pinillos y sentiría que se me olvidara. Figúrate el prototipo de la formalidad y la exactitud cronométrica y tendrás una ligera idea de Pinillos. Hay quien dice, sin embargo, que se adelanta á los acontecimientos. Damos la orden del día para que á las ocho de la mañana estemos todos desayunados y á punto de comenzar la excursión, allí está Pinillos; pero ¿crees tú que entonces ha bajado de su cuarto? No, Pinillos ha oído ya misa, ha visto media ciudad y parte de los alrededores. Y esto lo cuenta tranquilo, sonriente, como si fuera la cosa más natural del mundo. Con estos datos ya comprenderás que si necesitas hacer una operación bancaria puedes fiarte de él con toda confianza.

Los últimos serán los primeros, y por eso va el último D. Ciriaco Prieto Calvo. Fué nuestro aposentador extraordinario porque estando veraneando en Segovia con su esposa D.^a María, hubieron de mantenerse largas y prolijas negociaciones diplomáticas para disponer y realizar la excursión con el brillante éxito obtenido. ¡Qué de cartas y telegramas y telefonemas se cruzaron entre Segovia y Valladolid con ese motivo! Porque tú no sabes, primita, lo cómodo que es para los socios de fila asistir á las excursiones; ellos pagan la cuota, se meten las manos en los bolsillos y dicen:—Que me lleven, que me traigan, que me den buena fonda, café, coches de recreo, que propinen á quien quieran, que todas las puertas se me abran de par en par; yo no me cuido de nada, tengo siempre quien se cuida de mí.

Por eso al llegar de Valladolid á Segovia á las cuatro de la madrugada el 25 de Agosto, entregó el representante de la fonda un pliego cerrado á don Francisco Sabadell, donde nuestro consocio Prieto Calvo explicaba las habitaciones que habíamos de ocupar y no perdiéramos tiempo. ¿Cómo no manifestar á D. Ciriaco lo agradecidos que estábamos ante sus medidas previsoras cuando le vimos á la hora del desayuno? Allí estaba también su esposa D.^a María á quien todos conocemos y me gustaría

que tú también la conocieras, porque es una señora tan guapa como sencilla y simpática. Aunque el matrimonio ha viajado mucho, se contenta ahora con excursiones cortas desde que ha construído su bonito y elegante chalet en el Pinar de Antequera, donde por derecho propio ejerce la presidencia de nuestro *Casino Campestre*.

Ya tienes, pues, querida Elisa, noticias circunstanciadas de cuantos asistieron á la excursión, porque de mí ¿qué he de decirte? Aún conservo mis aficiones de movilidad veraniega, pero me parece que voy bajando un poco al compararme con Piniillos. A veces oigo decir á mis compañeros mirándome de reojo:—Este D. José es incansable.—El elogio me escama porque me parece ver en él una vaga y mal disimulada ironía. ¿Tan extraño será que yo continúe incansable?

Todavía, como te he dicho, faltan muchos é interesantes pormenores que dejo para las cartas siguientes. En ellas verás muy curiosos detalles del viaje, te explicaré las ventajas é inconvenientes de la célebre tarifa X, número 17, que ya tiene á los socios un tanto aburridos, haciéndoles pensar en la

necesidad de ejercer el derecho de petición ante quien corresponda, para que *uropeizándonos*, se conceda á estas cultas Asociaciones facultades más amplias y advertencias menos restrictivas, ya que las tarifas no se rebajen, pues no pedimos gollerías. Te hablaré también de la joven luguesa que en nuestro coche iba camino de Madrid y cuya belleza relativa pudimos apreciar en la estación de Medina al iluminar su rostro los potentes arcos voltáicos; sin omitir tampoco á la graciosa florista de San Ginés que con su mamá se dirigía á un puerto de mar; compañeras nuestras de viaje desde Segovia á Valladolid. Pero lo que no diré será el nombre del socio galante entre los galantes, que sostuvo la conversación amena, siempre grata y deleitosa para oídos femeniles, lo mismo á la ida que á la vuelta; y no te lo revelaré aunque me lo preguntes, porque eso es un *secreto profesional*.

Conque ya ves, prima, si hay materia para otras epístolas; por de pronto recibe con ésta un abrazo de tu primo

Pepe.



Sr. D. Juan Agapito Revilla.

Mi querido amigo: Llega en este momento á mis manos su esquila apremiándome para que le envíe la Crónica, pues ya están esperándola en las cajas. Dispense V., pero yo creía que no había de publicarse hasta dentro de uno ó dos meses, y por eso ni la he escrito ni comenzado siquiera. Comprendo el grave apuro de V., pero el mío no es flojo, y para que ambos salgamos de él lo mejor posible, le incluyo cuantas notas tomaron los cronistas auxiliares y un paquete con borradores de cartas que he escrito á la familia á propósito del viaje. Arréglole V. como mejor le parezca cortando ó rajando á su gusto, perdone mi falta involuntaria y sabe que en todo lo que no sean Crónicas puede mandar á su af.^{mo} amigo y consocio

José Martí y Monsó.

Valladolid 30 Octubre 1909.



EL REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO COMPARADO CON VERSALLES



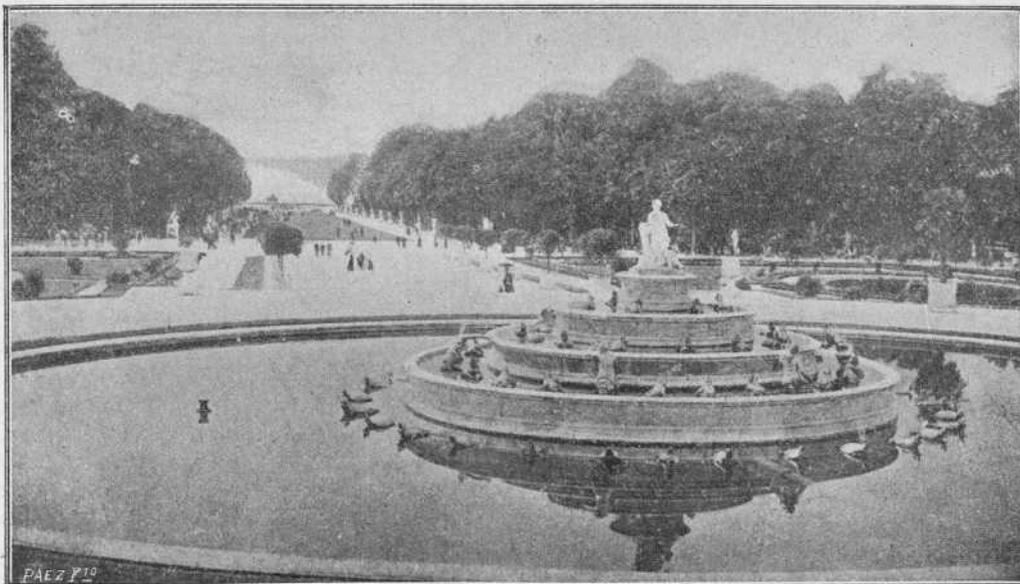
Después de verificada la magnífica excursión de Segovia á la Granja, como vulgarmente es conocido dicho Real Sitio, y satisfechos los excursionistas de haber aprovechado el tiempo, visitando los notables jardines, parterres, bosques, fuentes, el mar ó estanque grande, casa de la Góndola, Gurugú, etc., admirando las bellezas que encierra la obra humana y estando haciendo en Segovia reflexiones y comentarios de cuanto habíamos visto, se me acerca nuestro distinguido Cronista y digno Presidente, y con mucho misterio, me dice:

Es indispensable que escriba V. un articulito res-

pecto á la Granja, puesto que (según él) conoce como ninguno la materia. Escuso decir las razones que expuse, fundadas en mis muchas ocupaciones y las pocas ó ningunas condiciones que tenía para hacerlo sin aburrir á nuestros queridos lectores, diciéndole que en su Crónica podía sin dificultad tratar el asunto mucho mejor que el que escribe estas líneas.

—Nada, nada, al cronista le está vedado entrar en dicho asunto.

—Pero, mi querido D. José, habérmelo dicho antes y hubiera tomado algún apunte.—Ello es que al



VERSALLES (FRANCIA): FUENTE DE LATONA Y TAPIZ VERDE

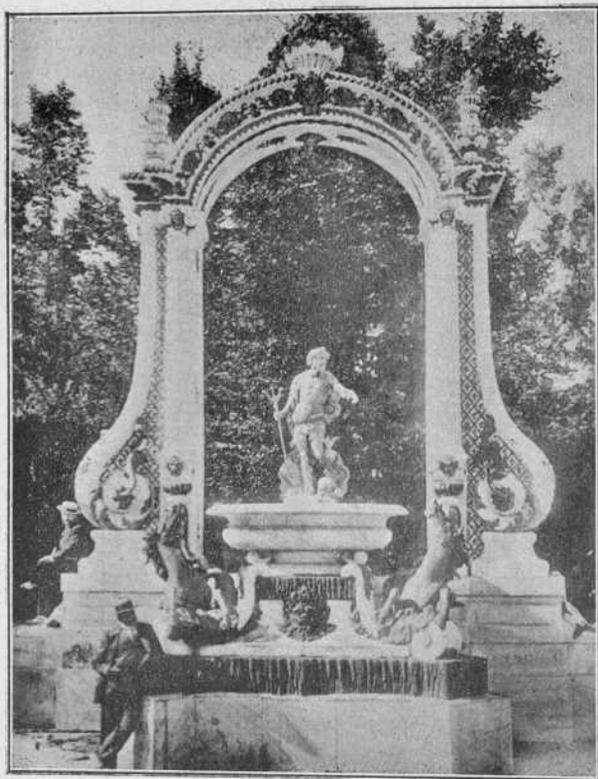
fin no tuve más remedio que aceptar por la fuerza sus razonamientos, aducidos, por cierto, con la amabilidad y cariño que tanto le distinguen.

Mucho habría que escribir para hacer una comparación del trazado, plantaciones, fuentes, estatuas, jarrones y cuanto encierran de notable los sitios indicados en el epígrafe, mas mi ánimo es dar sólo una pequeña idea, bosquejar el tema.

Sin extendernos á los remotos tiempos de la antigüedad, ni examinar los primitivos jardines que tanto llamaron la atención, hay que convenir que

hasta el siglo XVI no se verificaron aquellas majestuosas concepciones de los grandes maestros, ante cuyas obras hay que descubrirse, por ser de un mérito extraordinario. Todo es grande: hermosas avenidas, amplias praderas, espléndidos grupos de árboles, movimientos de tierras, puntos pintorescos, construcciones rústicas, lagos, riberas, cascadas, grutas y magníficas «corbeilles», resultan obras perfectas, por imitar en todas ellas á las grandes creaciones de la naturaleza, que nunca se debe olvidar en la época moderna á fin de no caer en el más espantoso ridículo.

El trazado de la Granja es, al parecer, una copia modificada del Parque de Versalles, tanto por la edificación del Palacio como de los jardines en general, siendo indudable que como Real Sitio se le puede considerar, durante el verano, de primer orden por lo delicioso, ameno y fresco; en el invierno no reúne las mismas condiciones, por ser sumamente frío; lástima que no pueda igualarse á Versalles por la situación que ocupa. Los visitantes en mayor número tienen necesidad de verificar un viaje mo-



LA GRANJA: UNA DE LAS FUENTES DE LAS OCHO CALLES

lesto desde Madrid, 101 kilómetros; llegando á Segovia hay necesidad de sufrir las exigencias de los cocheros, para poder ir con cierta comodidad, lo que impide que sea visitado como se merece.

En cambio, Versalles dista de París 18 kilómetros, que pueden recorrerse en ferrocarril en 38 minutos, subiendo en la estación de San Lázaro; 31 minutos desde la de Montparnasse, y hora y media con el tranvía de aire comprimido; también existen tranvías eléctricos al llegar, que recorren la distancia hasta el Palacio y los Trianons, por 15 céntimos; esto hace que todos los días sea visitado por millares de personas de la población flotante de París, franceses, ingleses, alemanes, belgas, españoles, etc.; si añadimos que los Palacios, hoy Mu-

seos, están abiertos todos los días desde las once á las cinco de la tarde, excepto los lunes, y el parque todos los días, se comprenderá perfectamente la animación que reina; aumentándose considerablemente los 19 días señalados durante el año para correr las fuentes y 6 días en el Parque de los Trianons, donde tantos recuerdos se encuentran de la época de María Antonieta.

El primer palacio construido lo fué en tiempos de Luis XIII (1624), y el trazado y embellecimiento de sus magníficos jardines en 1661, reinando Luis XIV, cuyas obras se emprendieron con actividad, gastándose muchos millones de francos; puede formarse una pequeña idea de ello manifestando que trabajaban durante el día veinticinco mil hombres y seis mil caballos, siendo encargado de todas las construcciones el célebre arquitecto Mausart, y del trazado y dirección de los jardines Le Notre, arquitecto jardinero.

No es mi ánimo indicar cuanto contiene el grandioso Museo; sólo he de expresar que contiene 5.600 obras de arte y 2.400 retratos, sin enumerar las maravillas de aquella magnífica arquitectura.

Al salir de aquellos inmensos salones, llenos de preciosidades, y visitar el parque y jardines, se admira el jardín antiguo, bien recortado y formando con sus plantas diferentes figuras, así como el parque moderno compuesto de grandes praderas. Extendiendo la vista desde el parterre de las aguas se ve el magnífico parterre de Latona con su caprichosa fuente, formando una bonita composición con las dos de Lezards; colocadas en la gran plaza semicircular, que se puede considerar el mejor punto de vista, se aprecia la grandiosidad del Palacio, las mejores fuentes, los soberbios parterres del Norte y Sur, donde la mano del hombre convierte aquellos durante el verano en un paraíso, formando grecas y combinaciones con diferentes clases de plantas ornamentales en flores y hojas de colores, lo que hace tenga un golpe de vista admirable unido á la gran cantidad de estatuas y jarrones de bronce y mármol que le rodean; siguiendo por la parte central existe la gran avenida Real ó tapiz verde, la gran plaza y fuente de Apolo y luego el canal con sus dos brazos en forma de cruz.

A la izquierda, la *Orangerie*, en cuyo punto se conserva gran cantidad de naranjos cultivados en cajas para preservarles de los fríos durante el invierno; desde la terraza se domina la gran pieza de agua de los Suizos, luego se encuentra el bosque llamado de la Reina y Laberinto, un gran mirador, el jardín del Rey, sala de castaños y La Columnata; saliendo por el tapiz verde, á la derecha, existen los bosques con Les Domes, el Obelisco, la *Estrella*, el teatro de las aguas, bosque de las tres fuentes, la

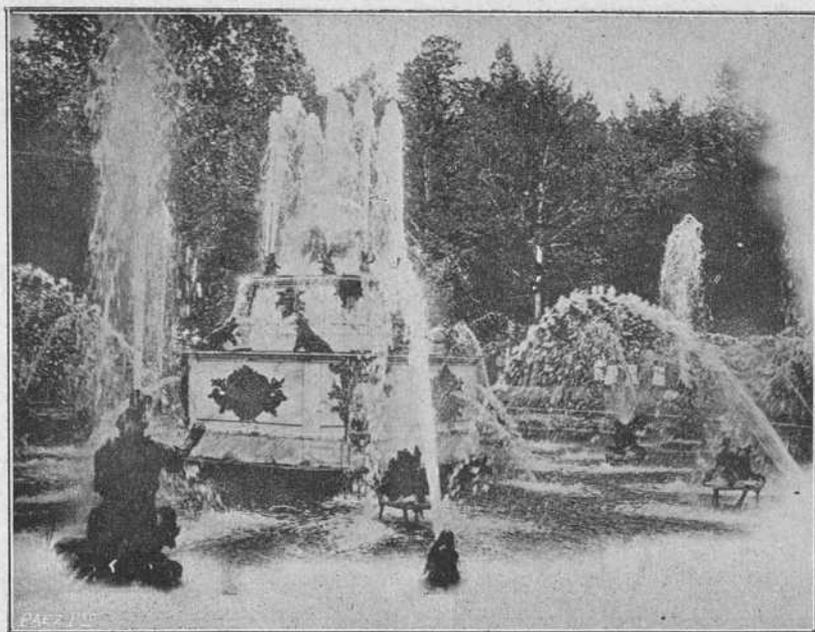
Pyramide, la Cascada y la grandiosa fuente de Neptuno, una de las mejores que existen, de cuyo punto parte la gran avenida de los Trianons.

Dejemos los parques del grande y pequeño Trianón, que por cierto son magníficos, para detallar someramente nuestro Versailles, como llamau á La Granja.

La fundación de este real sitio empezó el año 1720 reinando el Rey Felipe V, empezándose las obras de la Colegiata y Real Palacio á un mismo tiempo. Al situarnos en la plaza entre la Casa de Canónigos y la de Oficios, cuyo frente ocupa la Colegiata, nos encontramos con jardines de obra mo-

derna, compuestos de plantas aisladas, grupos de árboles y arbustos y grandes praderas de gazon ó raigrás con varios macizos de flores variadas, llamando la atención algunos ejemplares de Vellingtonia gigantea, cedros deodara, libano y sobre todo las avenidas de castaños de India que dan una perspectiva agradable combinadas con las líneas arquitectónicas de los edificios.

Al penetrar por aquellas magníficas puertas de hierro y situarse en frente del palacio cuya fachada principal da á los jardines, se recrea la vista con el magnífico panorama que ante la vista se ofrece; por una parte las bonitas líneas del magno y severo edificio; por la otra el parterre de la cascada nueva y



LA GRANJA: FUENTE DE LATONA Ó DE LAS RANAS

fuelle de Amphitrite; luego las fuentes de las Tres Gracias y cenador, todo lo cual forma una perspectiva admirable al ver descender las aguas por sus diez mesetas de mármol adornadas por varios grupos de estatuas y jarrones.

Lo que más hay que admirar (á mi juicio) son las fuentes, que superan á las de Versailles en cantidad, gusto artístico y composición de los grupos, siendo maravilloso el efecto que producen al correr las aguas; es tal la cantidad que arrojan, que si funcionarían todas á la vez una hora, se gastarían 40.000 metros cúbicos de agua, cuyo espectáculo sería sorprendente á juzgar por la impresión que nos produjo verlas de una en una.

Bien es verdad que tiene mucha ventaja sobre otros puntos, porque allí se recogen las aguas que

descienden de los montes de Peñalara y Matas robleales, que en su mayor parte van al mar, desde donde se surte la mayoría de las fuentes.

Existen gran número de fuentes de adorno y otras naturales, las primeras son las siguientes: Tres Gracias, de los Vientos, Amphitrite, Selva, de la Ría, Carrera de Caballos, Caracol (dos), Abanico, Neptuno, Apolo, Andrómeda, Taza (dos), Canastillo, ocho de las Ocho calles, de la Reina, Ranas, Baños de Diana, Dragones (dos) y Fama.

Si bien todas son de mérito artístico, merecen mención especial las siguientes: la Carrera de Caballos cuya perspectiva es deliciosa viendo seis fuentes y 114 surtidores de agua.

La del Canastillo, que consta de 41 caños, de los cuales nueve son de elevación y los 32 restantes di-

rijen las aguas oblicuamente saliendo fuera del estanque; los excursionistas previsores se colocaron á cierta distancia á fin de no recibir un baño de impresión sin la correspondiente sábana.

La Plazuela de las Ocho calles es digna de visitarse no solamente por las ocho fuentes que forman los testereros, sino porque desde allí se dominan otras ocho de las más importantes, como son la Fama, Canastillo, Ranas, Tres Gracias, las dos Tazas y las de los Dragones.

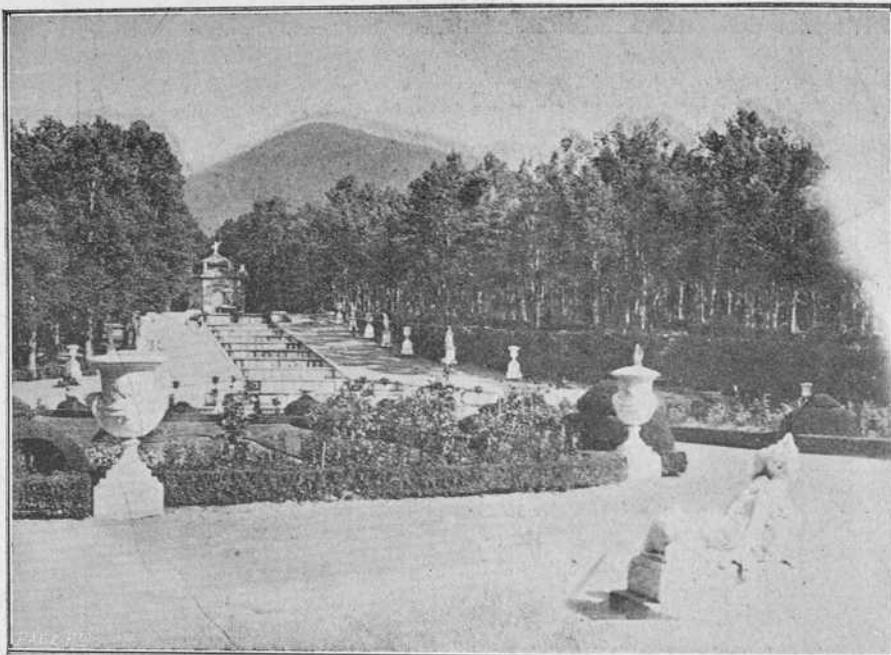
La de Latona ó Ranas, como vulgarmente se la conoce, es magnífica por la gran cantidad de agua que arrojan los 64 surtidores.

La fuente de los Baños de Diana es de primer orden: está apoyada en un muro de piedra berroqueña y en ella existen diferentes grupos, muy bien ideados, que le dan carácter de grandiosidad.

La Fama resulta un grupo escultórico de primera fuerza, siendo la que eleva las aguas á mayor altura.

En jarrones hay gran variedad; son de diferentes clases y tamaños, sobresaliendo los que ocupan los parterres de Andrómeda y Fama.

En estatuas existen verdaderas maravillas, siendo las más admirables las 14 de la cascada y las colocadas en el parterre de la Fama.



LA GRANJA: CASCADA NUEVA

El conjunto de los jardines no puede ser más agradable, visto desde la explanada de Palacio, con el parterre de la Fama, bordeado de boj bien recortado, con varios dibujos, de Taxus, cuyas platabandas están adornadas durante el verano con sumo gusto; empleando diferentes clases de plantas como son *Alternanthera*, *Pyretrum*, *Coleos*, *Achyranthes*, *Geranios* y otras varias para completar el adorno; en el centro y lados, grandes macizos de flores variados con sus praderas de gazon ó Ray-grás, forman un bellísimo conjunto con los parterres de enfrente, donde los árboles, arbustos y flores hacen una composición agradable entre las fuentes, estatuas, jarrones, bancos y otras mil cosas que se cansa el visitante de admirar hasta la fuente de la Andrómeda.

El conjunto en general es bonito: grandes ave-

nidas, plantaciones de árboles corpulentos, tilos, castaños de India y otras diferentes especies, la parte de jardines y paseos está limpia y bien conservada, dejando mucho que desear la conservación de las diferentes especies de árboles y arbustos que existen en los bosques, en los que no se conoce la mano del hombre; lástima que no tenga una parte de Parque Inglés, que daría mucho más valor á los tan renombrados jardines.

En la parte del estanque grande ó mar existe una cascada rústica, construída hace pocos años por mi inolvidable tío y maestro don Ramón Oliva siendo director de los jardines de la Real Casa; resulta un punto á propósito para disfrutar de la parte de montes que la rodean; por dicha cascada descienden las aguas recogidas que antes entraban al mar por diferentes arroyos.

En resumen: á mi parecer, el Real Sitio de San Ildefonso es un punto delicioso, digno de ser más visitado, pudiéndolo considerar mucho mejor que Versalles en riqueza de fuentes, gusto artístico y composición, sin desmerecer en nada en estatuas, jarrones y otros adornos, teniendo á su favor el agua natural y el hallarse colocados sus depósitos á una buena altura para que puedan tener más lucimiento las fuentes por la gran cantidad de agua; mientras que en Versalles hay necesidad de elevarla por medio de máquinas, lo que siempre resulta de mucho más coste.

En cuanto á jardines, parterres y bosques, indudablemente hay que hacer justicia al Parque de Versalles, reconociendo su superioridad, puesto que allí se cuidan con mucho esmero y resulta un conjunto de Parque estilo Francés y Parque Inglés que le da carácter de grandiosidad; bien es verdad que en dicho punto existe la Escuela Nacional de Horticultura, cuyas cátedras desempeñan los principales hombres de ciencias dedicados á la jardinería y horticultura en general.

FRANCISCO SABADELL.

IMPRESIONES SEGOVIANAS

Yo no sé si aquel gran erudito bilbaino, que en vida se llamó don Antonio Trueba, dió ó no contestación alguna al ruego que, en forma de pregunta, le hiciera ha ya más de seis lustros, el distinguido escritor segoviano don Ricardo Villanueva sobre la significación que pudiera tener en vascuence el nombre de *Segovia*. Pero lo que sí sé es que así la llamaron los godos, Segovia la llamaron los árabes y Segovia los castellanos. Y nada tiene ya de extraño que quien así ha sabido conservar su primitivo nombre se haya también mantenido en el mismo sitio de su fundación primitiva. Acaso sea en ésto la ciudad de Segovia el único pueblo de España que no haya en nada variado ni de nombre ni de sitio.

Pero el sello verdaderamente grandioso y admirable de permanencia que tiene Segovia, es esa monumental *Puente seca* con que designaron sus remotos fundadores al *Acueducto* que hoy, como el primer día, presta á la ciudad sus beneficios canalizando las aguas que le sirven de principal abastecimiento. Ante aquella colosal fábrica, que dudo tenga rival en el mundo, ante aquellas majestuosas y atrevidas arcadas de piedra berroqueña que la acción del tiempo se ha encargado de darlas el sello de la ancianidad venerable, confieso sinceramente que me sentí anonadado, y enmudecido de asombro pensé para mis adentros: ¡quién sabe si la tradición de que fué el diablo el arquitecto de esta obra es fábula ó es historia! Porque lo que en realidad parece mentira es que ella haya podido hacerse por hombres. Mas como yo no soy el encargado de su descripción, quede únicamente así consignada mi impresión sobre la misma que, á decir verdad, fué la más grande de todo cuanto ví en nuestra excursión á Segovia.

Y como no es mi propósito tampoco hacer de

esta excursión la crónica, sino el reflejar sencillamente en unas cuantas líneas algunas impresiones segovianas, quédese también para nuestro presidente venerable la misión de describirnos, como él sabrá hacerlo, aquella hermosa catedral, última de las góticas construídas en España, cuyo interior trajo á mis recuerdos la catedral de Palencia. Es sencilla en su género, pero esbelta y limpia como pocas ó ninguna.

Pluma tan competente como la del señor Martí ya nos dará á conocer las bellezas que contiene y cuánto mérito se encierra cabe aquellas elevadas bóvedas sostenidas por haceditos de débiles juncos de tan blanca y limpia piedra que parece acaba de labrarse. El nos hablará, como yo no sabría hacerlo, de su vistosa solería de grandes losas de marmol blanco, pizarra y piedra sanguínea de Sepúlveda; de la virgen de plata y marfil, llamada de la Paz ó de las Victorias que llevaba á la guerra el Santo Rey y que se venera en su altar mayor; de los bronces, mármoles y jaspes, pórfidos y lapizlázuli que forman el precioso altar del trascoro, regalo según oí decir de Carlos III; del magnífico *Descendimiento* que allí contemplamos y de sus analogías y diferencias en valor y mérito artístico del que existe en nuestro Museo; de cuanta riqueza en alhajas y ropas vimos, notables muchas de ellas por su remotísima antigüedad, etc., etc.

Pero por si acaso tan ilustre cronista, asaz embelesado en tanta grandeza ó demasiado entretenido en apuntar sus notas, no pudo prestar atención á todo lo que de la catedral nos dijeron nuestros amables *cicerones*, sepa que yo les oí contar, como hecho verdaderamente digno de ser referido, que aquella catedral se había hecho por prestaciones personales y que ésto lo llamaron *ir á echar pie-*

dra». Y que á echar piedra fueron el regimiento y la nobleza, las dueñas y los escuderos, los mancebos, los pelaires, curtidores, tintoreros, bordadores, cordoneros, pasamaneros, carpinteros, etc., etc., todos los gremios y el cabildo parroquial y catedral.

¡Qué hermoso ejemplo de imitar para que Valladolid viera pronto construido ese *Dispensario anti-tuberculoso* que no acaba de hacer nunca!

Y conste que para él no precisa ni tanto material ni tanta mano de obra. Con que de cada calle un solo vecino aportase un ladrillo, ¡quizá bastaría!

Otro recuerdo de mis impresiones que quiero dejar consignado, fué nuestra visita á aquella rara iglesia situada en una pequeña altura, á la defecha del río Eresma, extramuros de la ciudad, detrás de la antigua fábrica de moneda, enfrente del Alcázar y entre los reales santuarios de la Virgen de la Fuencisla y el Parral de los Villenas.

Me refiero al templo de la *Vera-Cruz*, así llamado por haber sido consagrado al culto de un *Lignum crucis*, traído de Tierra Santa por los Templarios Castellanos. Por eso también se titula esta iglesia, que no tiene de tal la forma, la *Veracruz de los Templarios*.

Parece ser que el pensamiento que presidió á la ruda y sólida construcción de tan singular templo fué la de perpetuar un piadoso recuerdo del Santo Sepulcro, cuya guarda y defensa estaba encomendada á la poderosa Orden del Temple.

Para formarse idea de esta curiosa construcción figurémonos dos círculos concéntricos. El exterior ocupa las dos terceras partes del espacio que cubre con una bóveda. El central es un poco más alto y tiene dos pisos.

El bajo tiene cuatro pequeños arcos que corresponden á los cuatro puntos cardinales, como el principal, al que se sube por dos escaleras de 15 gradas que arrancan de los arcos del Norte y Sur y que rodeando al cuerpo central suben á juntarse al arco que mira á Occidente, que sirve de entrada á la bóveda superior, en donde se encuentra representado el Santo Sepulcro por una losa cuadrilonga á manera de ara. En el centro de este sepulcro se guardaba el *Lignum crucis* (1); alrededor hay un poyo destinado, sin duda, á los que allí cantaban ó rezaban.

Esta iglesia ha debido sufrir mucho tiempo lamentable abandono, que en parte se halla hoy reparado por haber sido declarada monumento nacional y estar actualmente á cargo de la Comisión de Monumentos de la provincia. ¿No tendría mayor garantía de conservación, limpieza y cuidado si se abriese nuevamente al culto...?

Escrito con lápiz en las paredes interiores del templo hay un autógrafo de Castelar, que dice así: «*Nunca me podría imaginar que hubiera tanta maravilla encerrada dentro de los muros segovianos. Es ésta una de las obras que su contemplación más impone en las inteligencias elevadas y que á las claras me demuestra lo grandioso de la institución de los Templarios.*»

E. Castelar».

Y confieso que, sin conocer á fondo toda la importancia histórica de esta iglesia, ni menos saber ó juzgar de su valor arquitectónico, el pensamiento de aquel gran orador, por el mío no comprendido, ha hecho conservar más la impresión en mi memoria de tan curioso monumento.

Ahora, que los arqueólogos, é historiadores se las entiendan con él; que yo no más sé decirles.

Por último, fué también agradable impresión recogida por mí en Segovia la de la cuidadosa conservación y limpieza del pavimento adoquinado de todas sus calles. La policía urbana de Segovia es indudablemente mejor que la nuestra de Valladolid. Es verdad que en esto de la higiene municipal, Valladolid anda muy á la zaga de muchísimas poblaciones de España.

Y vaya, para terminar, otro detalle sanitario que también vimos con gran satisfacción en aquella capital. Profusamente repartido en los más visibles sitios de todas sus iglesias se lee este cartelito: «Se suplica no escupir. La religiosidad y la higiene así lo exigen...» ¿Cuántas iglesias de Valladolid tienen igual súplica...?

Y hay que decirlo con todos los respetos debidos á la alteza del lugar, pero en los términos precisos que exige la higiene: las iglesias son edificios insalubres. Y hay necesidad, por la misma importancia que en la vida social ellas tienen, á proveer á su saneamiento dándolas más luz y ventilación que la que de ordinario poseen y á evitar con preceptos de la índole del que dejamos hecho mérito que no sean tan fácilmente motivo de infecciones y de contagios.

Mil felicitaciones merece por aquellos cartelitos el Ilmo. Sr. Obispo de Segovia, como no menos enhorabuena mereció hace unos cinco años el de Madrid-Alcalá por su decisión ordenando á los Curas y Rectores de las iglesias de Madrid facilitasen en las mismas el ingreso al servicio de la desinfección.

¡Con qué sincero gusto aplaudiría yo á nuestro amadísimo Prelado si él quisiera disponer aquí algo análogo!

ROMÁN G. DURÁN.
Inspector provincial de Sanidad.

(1) Esta reliquia se conserva y venera actualmente, desde 1663, en la parroquia del inmediato pueblo de Zamarramala.

LA GRANJA



UN RECUERDO DE VARIOS LUSTROS

Corrían los años de 186..., poco antes de desaparecer aquella corte que frecuentaba el Real Sitio.

En los tiempos indicados que han vuelto á la comarca, ó la comarca á los tiempos, pues en esto cabe discusión, lucía para este encantado recuesto del Guadarrama, conservado como exquisito manjar entre hielos, el sol esplendente de las caricias reales, y al entrar en él, pasando por Quitapesares, que es el punto por donde debe pasar todo excursionista, caían á los pies todas esas nieblas y amargas espumas de los hervores de la vida que llamamos penas.

Con ese fin, el de quitar pesares, organizaron la excursión nuestros paternales directores, que cuidan á los socios como la gallina á sus polluelos.

Pero á nosotros no nos está encomendada la crónica del suceso altamente interesante, entre otras razones por nuestra ausencia en el fausto día de la excursión, que bien hubiéramos querido cambiar en presencia. Noto que me voy metiendo en terreno ajeno y por lo tanto me vuelvo á mi sitio, esto es, al sitio real, para echar una mirada retrospectiva llena de envidia y empapada en la nostalgia de la niñez, que con frecuencia me acomete, porque era muy niño el autor de estos desilvanados renglones cuando corría soplandose las uñas entre palacio, Sombrerete y Verderones, puntos estratégicos de sus correrías que no van en zaga á las de sus consocios.

¿Qué habrá sido de los Framis, Budías, Canónigos bien conservados y clarisas fabricantes de deliciosos anises y bellotitas, que necesitaríamos hoy todos para endulzar la situación? ¿Qué del Candilón y fábrica de cristal cuyos vidrios de colores y juguetes sediciosos irisaban los sueños de mi primera juventud?, pues aún afortunadamente me encuentro en la segunda, y lo digo por si hay alguna lectora maliciosa.

No estoy, no, en el triste caso representado por el sublime artista en la fuente de Pomona, en que el pretendiente á los favores de esta diosa túvose que disfrazar de vieja, cosa algo peor que de mujer, para atraerse la conmiseración de la que reina en los huertos y jardines, derramando sazonados frutos que yo para mí quisiera. No, yo no necesito disfra-

zarme de vieja, lo que estoy necesitando ya á varas es disfrazarme de joven.

Y hecha esta salvedad en honor á la secta, en la que hay excelentes jóvenes nada refractarios á invocar paganamente á la diosa de los casamientos, que también tiene allí su trono en otra fuente, sigo adelante.

* * *

La Granja es símbolo de paz al abrigo de la cordillera carpetana, bien que este abrigo es como el prestado por el sorbete á sus incautos consumidores, víctimas muchas veces de sus escalofríos; y todo símbolo de paz, aunque sea la de Utrech, debe ser de la más alta consideración y estima en todas las ocasiones.

Antes que Felipe V en 1720 mandase tirar las primeras líneas de este real sitio, otro monarca, Enrique IV, á mediados del siglo XV, había hecho construir entre los macizos de pinar y roble, allí existentes, una ermita dedicada á San Ildefonso, que más tarde los Reyes Católicos cedieron á los Jerónimos, siendo éste el primitivo origen de la Granja.

El palacio de Felipe V, circundado de jardines, se dibuja aún en mis recuerdos como esos castillos de hadas que nos pintan las fantasías orientales; no es oriental aquello, pero el fausto de los descendientes de los carlovingios cuando atraviesa la civilización del renacimiento se impregna del más vistoso paganismo, y más que nada, para un adolescente la impresión de la belleza toma en sus lejanías formas mágicas y contornos de ensueños.

Si el edificio al exterior respira los perfumes de un edén, en el interior encierra ó encerraba las inspiraciones de color y figura que brotaron de los pinceles de Teniers, Ticiano, Durero, Caraccio, Bassano, Veronés, Corregio, Rubens, con sus cinco sentidos, formados en el paraíso de Mahoma y convertidos en *hurles flamencas*, que es la combinación más diabólica para hacer disparatar al mismísimo Motezuma. No falta allí un religioso artista, fray José de los Santos, con una excelente copia de la *Perla*.

En las esculturas siempre me pareció sorprender los secretos de una conversación íntima entre el arte y la vida, en que esta le atrae con sus misterios, sin rendirse, y él la persigue en lucha titánica é inacabable, sin cansarse. Debido á mis primeros pasos entre aquellos destellos de la concurrencia de todas las artes con los encantos de la naturaleza, mantengo un íntimo coloquio con esas bellas manifestaciones del espíritu, y aún me parece escuchar el canto melodioso de las sirenas de la escalinata de palacio. Allí están Aglastona, Telxinoe, Molpe, Ligia, Partenope y alguna más, atrayendo á los excursionistas actuales como atraían á los antiguos para hacerlos zozobrar y devorarles muy á gusto de todos, supuesto que nadie que se honre con el título de la *Sociedad* puede ser esquivo á los banquetes del arte; y tanto es así, que yo propondría á cualquiera de los artistas famosos que militan en nuestras filas, formara un emblema social representado por una sirena modernista devorando metafóricamente con sus hechizos á un *amateur* del arte arcaico. Me parece que he dicho algo.....

Sigamos adelante en los recuerdos patrióticos y rejuvenecedores.

No hay nada tan fecundo como la iniciación del arte antiguo. Por eso en las esculturas del palacio figuran en primer término los desposorios de Psyquis con Cupido, en los cuales como acontece todavía hoy, Himeneo tiene que arrojar á la Discordia que intentaba molestar á la pareja; y Psyquis, la cándida Psyquis tiene que contentar á su suegra Venus con inenarrables trabajos, esculpidos en los tarjetones. Hasta en materia de suegras los antiguos supieron escoger.

*
*
*

Los jardines con sus catorce millones de pies de extensión, colocados á la manera de los de Babilonia sobre el nivel de la población en su mayor parte, con sus diez puertas y sus aguas cristalinas y puras, que descienden de las cumbres, y aprisionadas por el artífice saltan en juegos y cascadas sorprendentes, con sus frutas regaladas, sus flores seductoras, sus pintadas aves, han hecho dar al que esto escribe muchos malos pasos entonces y ahora.

Las tres gracias hermanas representativas de la majestad, la hermosura y la alegría, no pueden menos de tener una fuente perenne de atractivos, y así ha sucedido, pues desde entonces á acá Aglaya, Talia y Eufrosina cautivan á cualquiera aunque no sea excursionista.

Allí está la esposa de Neptuno, Anftrite, diosa

del mar, recostada en su lecho de espumas, allí Febo, algo tunante, porque habitaba con las Musas; cosa tan difícil en aquellos tiempos como en los presentes es vivir en paz en la república literaria.

Así y todo Febo mató con sus rayos á la serpiente Pyton, lo cual ha dado origen á la higiene moderna, porque Febo es el sol y la serpiente la podredumbre.

Más allá se ostenta Andrómeda, expuesta á los furores de un mónstruo para salvar á su patria, y Cibeles, coronada de torres, como Portillo, causa indudable de los meritorios trabajos de un consocio sobre dicha ciudad; después Pandora, forjada en las fraguas de Vulcano, con lo cual dicho está que no es nada fría, y por eso al abrir su caja nos llenó de males, único presente de las diosas que ha recogido el artista. En otro grupo vése á Medusa, castigada por la envidiosa Minerva, porque también la ciencia tiene envidia. Envidió los cabellos de oro de la hermosa y los convirtió en culebras, por donde se echa de ver que en aquellos días la ciencia no era rica, ni benévola.

Más piadosa fué la labor de Diana que convirtió á la ninfa Aretusa en una fuente y á Acteón, que perseguía á la diosa cazadora, en ciervo, la mejor manera de alcanzarla. Por todas estas cosas y otras más que me callo, se duda de la inocencia de ciertas diosas, y es muy cierto que en el Olimpo no brilló la pureza de intenciones.

Voy á terminar presentando á mis lectoras un *bouquet* de las flores que allí se cultivaban, formado por lirios morados, azules y de naranja, violetas y alelís de todos los colores, azucenas esmaltadas, lilas desde la blanca á la de Persia, tulipanes y jacintos, narcisos y clavelones, las suaves y balsámicas malvas reales, las rientes clavelinas, el seductor amaranto, las sugestivas perpetuas, las rosas ardientes de Alejandría, Holanda y Florencia, que después de todo no son sino símbolos frios de su belleza.

Y para que no tengan envidia los lectores les regalaré sabrosas frutas tomadas al azar con real permiso, como son peras de azúcar, manteca, de naranja, de moscatel, etc.; manzanas y no de discordia, albaricoques, abridores y ciruelas en competencia con los almíbares; guindas, nísipalos, membrillos de los que diz hacía Juno la ambrosía, grosella, fresa, frambuesa, destilando las esencias de Persépolis y para el paladar las sedosas verduras y estimulantes ensaladas, que allí se contemplaron en algún tiempo.

Creo haber hecho bastante y me retiro con vuestro permiso.

LUIS PEREZ RUBÍN.



UN LIBRO NOTABLE

Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media según el estudio de los elementos y los monumentos, por Vicente Lampérez y Romea, arquitecto. Tomo II, Madrid 1909.

En la página 578 del tomo III de este BOLETÍN, número 72 de la colección, di una noticia algo detallada de la publicación del tomo I de la notable obra que nuestro estimadísimo amigo y consocio señor Lampérez y Romea acaba de terminar con este segundo volumen que ahora cito. Tan pronto como fué conocida la primera parte, por llamarla así, de la monumental empresa de mi distinguido compañero, deseábamos los que andamos metidos en estas aficiones, que se diera á la estampa el segundo tomo, porque en él esperábamos una continuación, muy ampliada por cierto, de los conocimientos que sabiamente derrocha el erudito autor, aprendidos y estudiados en el «campo de batalla», si se me permite la palabra, al pie de las vetustas piedras de los monumentos medioevales, que tanto dicen para el que sabe leer en ellas. Porque, afortunadamente, la Historia si ha ganado en concepto general, ha extendido su campo de modo incommensurable estudiando, no solamente esa repetida narración de hechos políticos, nada despreciables á buen seguro, en el conocimiento de la humanidad en lo que fué, sino que ha ido ampliando su esfera de acción y no dará nunca el cuadro completo de un periodo ó época si no va acompañado el estudio de la manifestación más extensa en todas las actividades del hombre, tanto más cuando que otra porción de circunstancias en la vida de los pueblos importan mucho más, para la cultura, para la vida colectiva y social, que ese detalle de reyes y privados que muchas veces pasaron no dejando otra huella de su paso que luchas, desgracias y desaciertos.

Reacciona, como digo, la Historia, y hoy con el mismo afán se estudia el estado de la Hacienda pública y privada en otros tiempos que la literatura antigua, el estado de las diversas clases sociales y las artes, sus instituciones y sus modos de ver los distintos problemas que á la vida importaban. Hoy la Historia, para ser tal, tiene que ser el estudio del conjunto más extenso y amplio de todos los ramos de la actividad humana: al hombre, como á los pueblos, hay que conocerles en sus variadas fases, no solamente como conquistadores ó vencidos, no como guerreros y héroes, sino como artistas, como

científicos, como filósofos, como sociólogos, medio único de llegar á conocer en toda su importancia lo que valieron y lo que de ellos podemos aprovechar en nuestra comodidad y conveniencia; porque para algo más que por la satisfacción hemos de afanarnos en descubrir los secretos que de continuo se arrancan á la oscuridad y á la ignorancia en lo que fué, en lo que pasó; de otro modo la Historia no sería otra cosa que un pasatiempo más ó menos culto, más ó menos agradable y ameno.

De ahí que sea necesario, para hacer el conjunto completo, el desarrollo de las especializaciones, que de otro modo sería imposible laborar con algún resultado positivo, porque el trabajo habrá de abarcar tantas cosas cuales fueren las que hayan de ocupar un lugar de interés y de importancia en la Historia misma.

Eso es mi querido compañero el ilustrado catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid: un especialista en el libro de la Historia de España concretándose á nuestra patria. Ya lo dije al reseñar el primer tomo de la obra: no se le puede negar al señor Lampérez el título de historiador de nuestro arte arquitectónico en el periodo cristiano de la Edad Media. Es decir una especialidad dentro de la Arquitectura española.

En este segundo tomo los materiales de que puede disponer el autor son mucho más copiosos y abundantes que en el primero; pero también el estudio de síntesis, por lo mismo de la abundancia de aquéllos, es más difícil. Una buena parte de él está dedicada al arte ojival ó gótico, y en su estudio se sigue el admirable orden y método ya detallados al tratar del tomo primero, por lo que no he de repetirles ahora.

Después de unas breves consideraciones sobre los caracteres generales de esta arquitectura, se clasifica y divide el estudio por la cronología, por las escuelas, por los elementos y por la geografía y monumentos de cada región. Todas estas partes son interesantes á cual más; pero el valor sube de punto, al menos para mi gusto, en el estudio de los elementos. En ese extenso capítulo, que abarca 149 páginas, se ve al señor Lampérez dominando de modo sugestivo el tema: desmenuza, escudriña, revuelve, descubre, se mete hasta en los interiores de las fábricas de los monumentos que le sirven de base á su magistral disquisición para sentar comparaciones, buscar analogías, encontrar diferencias, en fin para

ir viendo detalle por detalle los edificios religiosos que constituyen nuestro caudal riquísimo, aunque esas riquezas se vislumbren algunas veces por desgracia, entre montones de ruinas, abandonados ó medio abandonados por la falta de cultura de otros tiempos, que no todo se ha de achacar á los poco piadosos que hemos alcanzado.

De mí sé decir que aprendo á ver algunos monumentos citados por el señor Lampérez precisamente después de leer su libro. En muchas cosas se me han revelado los monumentos como si fueran nuevos; pasé por ellos sin apreciar las riquezas de detalle de estructura que el ojo avizor de nuestro consoocio ha puesto al alcance de la vista del visitante, que dejaba las cosas típicas, las de esencia, muy al lado del aparato exterior, del aspecto visual, llamativo, pero insustancial á veces. Para el que sigue con interés los detalles del libro, queda como abrumado del cúmulo de datos que se ofrecen de continuo en esas hermosas páginas que forman un estudio razonado de todo lo que es un elemento, sea simple de construcción, de decoración ó ya de conjunto, estudio anatómico y fisiológico expuesto con sencillez que encanta y convence. Como que es una cualidad la de conocer bien un asunto para expresarle con claridad.

Después del estudio de los elementos, hace el señor Lampérez otro esfuerzo más, y da un magnífico tratado de los conjuntos de las iglesias ojivales, en el que no olvida nada, empezando por la orientación, siguiendo por un detalladísimo estudio de las plantas, que lo abarca todo: lo mismo las iglesias sin girola, que las de girola, que las de planta excepcional, particularizando en cada caso las iglesias de una nave, dos, tres, cuatro y cinco naves con ó sin crucero; las de girola de una, dos ó tres naves con ó sin crucero también, las plantas circulares y poligonales, las asimétricas y hasta la de doble crucero, por más que este caso, catedral de Palencia, no sea en rigor de tal forma, más generalizado en Inglaterra, sino consecuencia en la disposición de la planta de sucesivas modificaciones que recuerdan forma tan interesante sin llegar á constituir, en efecto, la estructura de la iglesia de dos cruceros.

Un hermoso capítulo dedícase en el libro á la estructura de las iglesias ojivales, y allí más que en ningún otro lugar de la obra, derrocha el señor Lampérez sus profundos conocimientos de la materia, que entra de lleno en la esfera del arte ejercido por el autor del libro: se explica la estructura de los tramos de las naves, siempre con ejemplos de las iglesias españolas, indicándose los diversos modos de equilibrar las bóvedas, en que está el verdadero sistema del arte ojival; la de los cruceros con las variadas soluciones que se dieron en cada caso; la de las cabeceras de las iglesias con la de las capi-

llas que constituyen aquellas, siempre razonando, siempre viendo y observando analogías y diferencias, haciendo un estudio de comparación que admira y deleita.

Pero con ser tantas las excelencias del libro, suben aún más al tratar de las escuelas geográficas y de los monumentos de las diferentes regiones en que divide la España, agrupando las iglesias debidas á los mismos planes, á las mismas influencias, á las mismas escuelas ó inspiraciones en tres primeros grupos: la Arquitectura ojival de los dominios de Castilla y León, la de los reyes de Aragón y Cataluña y la Arquitectura monástica, dividiendo el primero en cuatro grandes grupos, en los que se comprende la Arquitectura castellano-leonesa, la gallega, la andaluza y la de las provincias vascongadas con la de Navarra por anexo.

Dentro del primer grupo, para nosotros el más interesante, subdivide la clasificación en varias ramas: la burgalesa, la leonesa, la toledana y la salmantina, y continúa el Sr. Lampérez un estudio monográfico, por demás curiosísimo, en el que elige admirablemente los tipos, porque es poco menos que imposible dar entrada en el libro á la infinidad de monumentos que de ese período posee España. Elige principalmente las catedrales españolas y puede decirse que constituye esa parte el más acabado estudio que de ellas se ha hecho hasta los tiempos actuales, estudios algunos de ellos que representan un trabajo colosal por desentrañar las plantas de las variadas modificaciones y reformas que aquellos monumentos sufrieron en el transcurso de los siglos. Estúdiase en esa parte la catedral de Avila (de que ya se dió una prueba en las páginas de este BOLETÍN en el número dedicado á la excursión celebrada á dicha ciudad), la de Santo Domingo de la Calzada (Logroño), la primorosa de Burgos, la pulcra de León, la del Burgo de Osma (Soria), la de Palencia, la de Santander, la de Calahorra (Logroño), la de Astorga (León), la nueva de Salamanca, y la de Segovia, no citando más que las de la región; poniendo como tipos también de nuestras comarcas las iglesias de Sasamón (Burgos), la de Santa María de Castro Urdiales, la de Udalla y parroquial de Laredo (Santander), la de San Miguel de Almazán (Soria), la de Santa Clara en Palencia, la de Nuestra Señora de la Antigua de Gamonal (Burgos); citándose con estudios monográficos más breves la Colegiata de Castrogeriz (Burgos), San Miguel de Palencia, San Bartolomé en Logroño, San Hipólito en Támara (Palencia), Colegiata de Covarrubias (Burgos), la Antigua de Valladolid, la Colegiata de Berlanga de Duero (Soria), la de Santa María la Redonda en Logroño, la iglesia de Mosén Rubín de Bracamonte en Avila...

En todos estos estudios monográficos, como ya he indicado varias veces, da siempre el Sr. Lampé-

rez la nota característica del monumento, señala su verdadera importancia en la historia de la Arquitectura española y le ilustra con la planta, dibujando las partes modificadas ó alteradas, ó sustituyendo en algunos casos la reconstitución ideal, según los datos que á mano tiene; todo ello brevemente, con una parquedad de palabras y un tino de juicio que admiran, porque no es precisamente de estimar hacer una obra de gran extensión, sino que lo comprenda todo, que lo abarque todo, sin fatiga en su estudio, con un método y un orden que dan clara idea de que la materia es plenamente conocida por el autor, que habla pocas veces de referencia, sino habiendo él mismo medido los monumentos, obtenidas las múltiples fotografías que nos le representan en sus detalles más interesantes ó simplemente curiosos.

No es posible seguir paso á paso al Sr. Lampérez en su libro, porque no es de los que se pueden extractar, es únicamente de los que se deben leer sin perder letra, tales son los asuntos que al volver de cada hoja se ofrecen; pero en mi idea de indicar los monumentos que de la región estúdiase con más ó menos detalle, he de expresar aún que en la parte dedicada á la arquitectura monástica pónense como tipos excelentes algunos monumentos castellanos y leoneses que solamente puedo citar para no dar extensión exagerada á estas notas.

Más parco aquí el Sr. Lampérez, porque los materiales abundan prodigiosamente, no estudia sino los monumentos verdaderamente de gran importancia, señalando tipos de interés y elegidos con gran escrúpulo entre tantos como se le ofrecen en sus excursiones por toda la España.

Atención muy principal dedica á los monasterios Cistercienses y estudia los de Moreruela (Zamora), Santa María de Huerta (Soria), Las Huelgas de Burgos, el de Gradefes (León), Sandoval (León), San Salvador de Carracedo (León), San Andrés de Arroyo (Palencia), Palazuelos (Valladolid), indicándose algún detalle de los de La Espina (Valladolid), Sacramenia y Santa María de la Sierra (Segovia), Bujedo (Burgos) y Carrizo (León).

Entre los monasterios de Premostratenses se estudian los de Aguilar de Campóo y Santa Cruz de Rivas (Palencia); las iglesias de Villasirga y de Villamuriel de Cerrato (Palencia) como pertenecientes á las Ordenes militares; entre los templos de Benedictinos los de San Salvador de Oña (Burgos), Cardeña (Burgos), Santa María la Real de Nájera (Logroño), Santa María la Real de Piasca y Santo Toribio de Liébana (Santander), la Cartuja de Miraflores de Burgos, en los de la Orden de San Bruno; y entre los de Dominicos y Franciscanos los de Santo Tomás y San Francisco de Avila.

Menos extensión dedica el Sr. Lampérez á la arquitectura mudejar; pero, con todo, las conside-

raciones que hace sobre su historia, los caracteres que definen aquella, el estudio atinadísimo de los elementos más principales y típicos de arte tan simpático para los españoles, consiguen reunir un cuadro avalorado por las continuas referencias á los monumentos que se citan constantemente, entre los cuales (siempre de nuestra región) se cuentan y se ofrecen en el Libro del Sr. Lampérez ilustraciones de restos de las Huelgas de Burgos, de la Mejorada y San Pablo de Peñafiel (Valladolid), bóveda de San Miguel de Almazán (Soria), de la capilla de Talavera en la catedral vieja de Salamanca, armadura de la iglesia de Cuenca de Campos (Valladolid), de la de Narros (Avila), de San Marcos de León; techo estalactítico de San Gregorio y bóvedas del archivo de la catedral de Valladolid, sepulcro en San Andrés de Olmedo (Valladolid), portada del interior de las Dueñas en Salamanca, techumbre de San Nicolás de Madrigal (Avila), no citándose, sin duda alguna por no dar dimensiones exageradas á esta parte, los curiosos ejemplares que se conservan en Cuellar y Arévalo y algunos más que existen en la región.

Como apéndice, por lo mismo que lo que historia el Sr. Lampérez es la arquitectura de la Edad Media, lleva la monumental obra un corto tratadito sobre la arquitectura del Renacimiento, con muy poca extensión considerada; así y todo se dan en él los tipos principales de las cuatro épocas bien caracterizadas que han constituido estilos. Del estilo llamado plateresco se citan la portada de Sancti-Spiritus de Salamanca, la torre de Santa María del Campo (Burgos); del estilo herreriano, la catedral de Valladolid; del churrigueresco, la torre de Santo Domingo de la Calzada (Logroño).

No digo más de la obra de nuestro sabio amigo y compañero: las condiciones materiales son irreprochables, los sacrificios inmensos; más de 670 páginas con 625 grabados, aparte tres láminas de gran tamaño y 12 fototipias forman el grueso tomo segundo de esta obra monumental, como he dicho tantas veces, por el trabajo que representa, merecedor de más digna suerte, porque, no quería decirlo: una obra como la que cito en otra parte que no fuera España abriría á su autor las puertas de Academias y Sociedades oficiales, se premiaría, se recompensaría labor tan meritoria aunque fuera con las tan desacreditadas condecoraciones; pero el elemento oficial para nada se ha acordado del señor Lampérez: los amigos, los colegas le ofrecieron y dedicaron un homenaje cuyos recuerdos se olvidan casi con los últimos taponazos del champaña; yo creía, y conmigo muchos de los compañeros, que nadie había de pretender discutir al Sr. Lampérez la posesión de la vacante de Académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; eso era lo lógico, pues todo el mundo reco-

noce los méritos indiscutibles de nuestro consocio; mas tengo entendido que... que hasta se discute entre el nombre del sabio Catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid á formar parte en la propuesta de la sección correspondiente de dicha Academia. Conozco al Sr. Lampérez y sé que no ha dado cima á su monumental libro mirando á la Academia de San Fernando; pero ¿por qué los centros oficiales han de mostrarse tan poco atentos con el mérito que particularmente reconocen en el libro de la historia de la arquitectura cristiana española? No lo sé; cosas de nuestro carácter, sin duda. No quiero continuar con este tema, seguro que ha de mortificar á nuestro consocio. Pero sepa el eximio autor, que por nosotros, por la Sociedad de Excursiones fundada en esta ciudad, quizá por ciertas inspiraciones á que no pudo ser ajeno el Sr. Lampérez, si fuera posible se crearía la cruz laureada del arte, de la constancia, del sacrificio, del españolismo, para ofrecérsela al Sr. Lampérez como una débil muestra de nuestros entusiasmos por su trabajo de historiador del arte español en una época brillantísima, trabajo no superado por nadie, por lo mismo

que casi todo él se debe á su autor; pocos libros tendrán tanto personal y de primera mano como la «Historia de la arquitectura cristiana española en la Edad Media»! Poco vale esta *Sociedad*, y mucho menos por nosotros, por los que la dirigimos y encauzamos las corrientes de ciertas actividades; pero no se cambia por ninguna otra cuando entusiastamente puede decir: esta obra que todos aplaudís es fruto de uno de sus asociados, tan sabio como modesto. Con las satisfacciones que dá la comunidad de ideas y sentimientos, con el afecto y cariños nacidos al calor de impulsos similares, felicito al Sr. Lampérez por su magnífica obra, pero le felicito, y esto para mí es más agradable, en nombre de esta *Sociedad*, que tantas atenciones ha recibido del docto Arquitecto y á quien mira siempre como á uno de sus ilustres iniciadores. Yo, particularmente, no sé como manifestar al amigo y al compañero mis entusiasmos por su libro; pero se comprenderá todo lo que no expreso, diciendo que le admiro, que nunca se apartará de mi mesa de estudio tan magistral obra, ¡qué desearía fuese mía!

JUAN AGAPITO Y REVILLA.

